

DANIEL DE LA VEGA

LOS MOMENTOS

SANTIAGO DE CHILE

EMP. EIG-ZAG. TEATINOC 600

==== 1918 ====

PRECIO: \$ 3.00

LOS MOMENTOS

OBRAS
DEL MISMO AUTOR

AL CALOR DEL TERRUÑO (Versos)	1911
EL BORDADO INCONCLUSO (Teatro)	1913
LA MUSICA QUE PASA (Versos)	1915
CIELO DE PROVINCIA (Prosas)	1916
CLARIDAD (Versos)	1917
NUESTRA VIDA VULGAR (Prosas)	1917
LOS MOMENTOS (Versos)	1918

DANIEL DE LA VEGA

Los Momentos

SANTIAGO DE CHILE
EMP. ZIG-ZAG, TEATINOS 666
1918

LOS MOMENTOS ETERNOS

EGLOGA

Señor, Señor, confieso mi pecado:
mi corazón, doliente de ideales,
todavía, Señor, está apegado,
a los últimos bienes terrenales.

Todavía, Señor, amo las cosas,
y amo el misterio que el placer encierra;
todavía, Señor, corto las rosas
¡y siento las tristezas de la tierra!

Tengo, Señor, sobre la cuesta brava
donde el camino muere, una casona,
que ante mí tiene una actitud de esclava
y yo la quiero como a una persona!

• Tengo un viejo parrón, que cuando llega
el otoño ¡romántico y sonoro!,
con una dulcedumbre fiel me entrega
sus sencillas y humildes hojas de oro.

Y las miro caer, y en la desierta
quietud de mi jardín, solo y lejano
yo las recibo con el alma abierta,
abierta así como una mano...

Tengo, Señor, un huerto rumoroso,
lleno de hojas caídas,
en donde es dulce mi reposo
como las frutas encendidas.

En su silencio nada falta,
yo a su sombra me entrego,
y en las tardes de sol leo en voz alta
los versos puros de un poeta griego.

Un ancho caño de agua jovialmente
se derrama y resuena,
como entregándose a la carne ardiente
de la tierra morena.

El agua se derrama
en ondas intranquilas,
refrescando todo este panorama
que casi no me cabe en las pupilas.

Hay un ambiente lírico de idilio,
el aire es puro y grave.
Yo siento las sandalias de Virgilio
hollandando el musgo fresco y suave.

Maestro, ¿dónde estás?—Con un ardiente
miedo y placer me atrevo a preguntar
y el viento loco corre mansamente
y tras las parras se presiente el mar.

El paisaje es tan lírico y tan hondo,
que parece alumbrar toda mi vida,
y con su luz puedo mirar al fondo
de mi verdad florida.

¡De mi verdad florida! Si es tan pura,
es tan breve y tan dulce su latido,

que tiembla de humildad y de ternura
como un recién nacido.

Verdad florida y alta que es pequeña,
pero que es mi tesoro,
con la casa risueña,
con el huerto que sueña
y con el parrón de oro.

Y yo los quiero como a fraternales
seres, Señor, que tú me has entregado.
Son mis últimos bienes terrenales.
Señor, Señor, confieso mi pecado...

MI VIDA

Te doy las gracias, buena vida,
por la amargura que me has dado,
por esta pena florecida
y este querer que me ha quemado.

Aunque tus dardos me han herido
y me han dejado solo y triste,
yo humildemente te he vivido...
¡Tú bien sabrás por qué lo hiciste!

Me diste rosas, cogí rosas:
me diste penas, bebí penas,
¡penas dolientes y armoniosas
en tus inmensas manos buenas!

Siempre que tú para mí has sido
clara o sencilla, alegre o triste,
yo humildemente te he vivido...
¡Tú bien sabrás por qué lo hiciste!

Entre quebrantos y alegrías,
con estas pobres manos ciegas,
tomo del fondo de tus días
todas las horas que me entregas.

Vida, tú mandas y no ruegas
en este espíritu doliente,
cuando yo siento que tú llegas
abro los brazos dulcemente...

Tú me has besado y me has herido,
rosas y lágrimas me diste;
yo humildemente te he vivido.
¡Tú bien sabrás por qué lo hiciste!

¡MI CORAZÓN!

Para que entres, vida odiosa,
amada, enorme, fragorosa,
áspera, eterna y dolorosa
¡te tengo abierto el corazón!
rómpelo tú con tus dolores,
quémalo tú con tus rencores,
pártelo tú con tus amores,
¡tómalo, vida, te lo doy!

Llévalo por agrios senderos,
y por oscuros derroteros
y por recodos traicioneros
a donde no llegue la luz;
apriétalo entre pesadumbres,
arrójalo entre locas lumbres,
y álzalo luego hacia las cumbres
del vértigo y de la inquietud.

Bríndale todas tus pasiones,
y estréllalo entre convulsiones
con otros fuertes corazones
hechos al hierro y al rencor:
a él dolor y dicha lleva,
dicha y dolor en él renueva,
¡verás que sale de la prueba
vibrante como una canción!

Yo lo he forjado, día a día,
con una épica porfía,
a golpes de melancolía,
en llamas de la eternidad;
y como de él estoy seguro,
hoy te lo entrego, fuerte y duro,
sintiendo el viento del futuro
en una sensación total!

Corazón mío, mío, mío;
envuelto en llamas bajo el frío,
ebrio de fe sobre el desvío,
pleno de paz ante el dolor;
corazón mío, que desgarró
contra la estrella y el guijarro
¿será verdad que eres de barro,
viejo y heroico corazón?

Yo lo forjé en la noche ruda,
con esta mi mano desnuda,
sin que la sombra de una duda
trizara su firme perfil;
yo lo he forjado contra amores,
contra terrores y reneores,
contra dulzores y dolores...
¡Yo lo he forjado contra mí!

SOPHIA

Ya lo sé! Con mis manos dolorosas y humanas
he tocado la leve túnica del Señor,
y mis ojos se abrieron a las zonas arcanas
y se van agrandando detrás de un resplandor.

Mis oídos oyeron sus sandalias celestes
pasar por el camino que siempre abierto está;
temblaban de ternura las violetas agrestes
y las piedras sabían algo del más allá...

Ya lo sé! Ya lo sé! Nuevo Fausto sediento,
revolví los crisoles buscando la verdad;
leí mil veces cada volumen polvoriento,
y la hallé en la humildad...

Detrás de los cristales mis ojos taciturnos
noche a noche exploraron Sirio, Véspero, Orión...
¿Estaba la verdad en los cielos nocturnos?
Estaba en la emoción.

Y, rebelde, exploraba mi cabeza cansada
en la noble, en la eterna, en la alta geometría.
¿Estaba la verdad en los números? Nada...
Estaba en la alegría...

Y el microscopio luego. Sentir la eternidad
buscando los abismos de nuestra arquitectura.
¿En el fondo del átomo se esconde la verdad?
Se esconde en la ternura.

Fatigado y perdido en el tedio y la duda
pronuncié las palabras de mi renunciamiento;
mi alma estaba desnuda
como el agua y el viento.

Y entonces fué el milagro. La luz fué entrando en ella
con el pan del ensueño, con el agua del bien.
Mi corazón era como la estrella
que va en camino de Jerusalén.

Verdad, que ya eres mía, hoy conozco tu lumbre
impalpable y piadosa
en un rito sagrado, en una brava cumbre,
o en una mariposa...

Yo conozco tu acento;
te persigo en el viento,
en el agua te siento
pasar como una nave...
Me besas en la boca;
eres libre, eres loca,
¡dura como la roca
pero con alas de ave!

La vanidad del hombre te ve en sus fatuos fuegos,
te investiga en los libros, te persigue en los astros.
¡Yo que ya te conozco, cierro mis ojos ciegos
para encontrar tus rastros!

Y mientras desesperáanse buscando tu luz leda
yo .. ¿Quién soy yo?—Un poeta que ya no te persigo,
te entrego íntegra y pura en la pobre moneda
que le doy a un mendigo.

EL SERMON DE LA MONTAÑA

Fué en las riberas armoniosas de la celeste Galilea,
en donde el viento está bendito y en donde es suave la marea...

Allí los simples pescadores sueltan las redes remendadas
para las pescas milagrosas de las ardientes madrugadas;
y las mujeres desde niñas tienen los ojos maternales
húmedos en las siete rosas de las virtudes capitales;
y los humildes niños vienen a descansar en torno nuestro
como palomas arrancadas de las palabras del Maestro.

Es costa llena de leyendas. Se alzan en todas sus orillas
dulces techumbres que nos hablan de las parábolas sencillas;
allí los pájaros no emigran, y el corazón triste descansa.
Sobre la arena el mar se acuesta como una pobre fiera mansa.

Fué en esas líricas riberas. Jesús venía de Samaria.
Almas y estrellas despertaban bajo su mano visionaria,
y el leve polvo que oprimía con sus sandalias milagrosas
debía dar toda su savia para ser luego trigo o rosas...

Jesús detúvose un momento frente al mar claro y transparente,
reunió a todos sus discípulos, y subió el monte lentamente.
Y le siguieron todos. Pedro, el pescador hijo del lago,
Genezaret, el más ardiente de los discípulos; Santiago,

el que dejó las pobres redes para buscar la claridad;
Tomás, confiado en el maestro; Andrés, sediento de verdad;
Justo, Felipe, Juan, Matco, Bartolomé, Simón y Judas...
¡Bajo las túnicas humildes las almas iban más desnudas!

Arriba Cristo se detuvo. El viento blando de la pura tarde golpeaba levemente los pliegues de su vestidura. Jesús pensaba. Su silueta se recostaba obscura y fina sobre el crepúsculo más lírico que hubo en la ardiente Palestina. El cielo inmenso del ocaso, como una gracia, recibía sus actitudes siempre llenas de luz y de melancolía. Y sobre el monte su figura era una sombra suave y sola, y el sol muriente le besaba y le servía de aureola!

Junto a sus plantas los discípulos, ciegos, estáticos y mudos estaban como niños trémulos, acariciados y desnudos... Alzó El la voz como si hablara hacia los siglos venideros. Su voz se abrió en mil direcciones tal como se abren los senderos...

Y dijo:—“Bienaventurados los pobres verdaderamente ya desprendidos de los últimos y oscuros bienes terrenales.”

Tal como una alma agradecida, vibró el paisaje largamente ebrio de luz y todo lleno de pensamientos inmortales.

Y dijo:—“Bienaventurados son los que lloran en las malas encrucijadas de la vida.”

Lejos una ave emprendió el vuelo y pareció que era la ardiente frase que había cobrado alas para volver a donde Cristo la tomara antes en el cielo...

Y dijo:—“Bienaventurados los mansos con sus semejantes.”

El viento se hizo leve y fino como una túnica florida para envolver entre sus pliegues apasionados y ondulantes, tal como a un recién nacido lloroso y débil, a la vida...

Y dijo:—“Bienaventurados son los sedientos de justicia.”

Una estrellita brilló arriba. Fué la palabra de Jesús, que en el inmenso atardecido se derramó en una caricia, sobre la tierra fué esperanza y luego arriba se hizo luz...

Y dijo:—“Bienaventurados serán los misericordiosos.”

El mar quedó en silencio como para escuchar el encendido decir de Cristo. Los momentos debieron ser tan silenciosos que pareció que el alto y mudo cielo también lo había oído.

Y dijo:—“Bienaventurados los hombres de corazón puro porque ellos han de ver a Dios.”

Como eclipsado por la ardiente voz del maestro de los tristes, el horizonte quedó oscuro, las nubes fueron apagándose y el sol se puso lentamente...

Y dijo:—“Bienaventurados los pacíficos.”

Las gloriosas montañas de la Palestina tuvieron un rumor de mar, y se quedaron taciturnas, arrebuajadas, silenciosas, y en actitudes tan humanas que parecían meditar...

Y dijo:—“Bienaventurados serán los hombres perseguidos por la justicia de los hombres.”

La última luz ya moribunda murió sobre los horizontes borrosos, negros, confundidos, y para oír la voz de Cristo la noche se hizo más profunda. Bajó Jesús de la montaña, serenamente. Su silueta se distinguía apenas sobre la ondulación de los senderos. El silencio era enorme y único, la obscuridad era completa, pero la noche estaba como nunca abrumada de luceros...

EL TESORO

Ser bueno es una dulce y suave
felicidad que no perece;
el corazón que ya lo sabe
es un milagro que amanece.
Ama las cosas inmortales,
cruza caminos y recodos,
y abre sus nobles manos leales
para partir su pan con todos...

Y vive dando, dando, dando,
a nuestra tierra dolorosa.
es triste, dulce, suave... y cuando
mira la tierra, se hace rosa...
Contempla el cielo y se hace vuelo,
oye llorar y resplandece
en una frase de consuelo
que enjuga, ríe, tiembla y mece...

Rey sin palacio ni fortuna,
príncipe pobre y mudo, pero
dueño absoluto de la luna
y del milagro y del sendero.

Ser bueno es ser inmenso y puro
como una rosa o una cumbre;
ardientes días del futuro
le ofrecen sol, música y lumbre.

El corazón que ya lo sabe
es un milagro que florece...
Ser bueno es una dulce y suave
felicidad que no perece...

YA SE FUE LA ABUELITA

Ya se fué la abuelita! Si parece
que no fuera verdad, cuando resuena
la clara vocecita de mi nena
que la suele llamar cuando atardece...

No ves, nenita? Ya se fué la abuela,
y dejó a las chiquillas regalonas...
Luego podremos ver quién te consuela
cuando rompas alguna de tus monas.

Ya se fué la abuelita! Yo ví el mudo
dolor que ella ocultaba; yo lo ví...
 Cuando se fué, no pudo
 despedirse de tí.

Ocultó dulcemente la partida
ante tus ojos sabios y serenos,
 y se marchó escondida
para que no la echaras tú de menos...

Y mientras preparaba
las maletas viajeras,
tanto que me encargaba
de que tú no supieras.

Te lo ocultamos hasta en la mirada
entre tu madre y yo.
Y tú, nenita, no supiste nada
cuando ella se marchó...

Tú estabas tan bonita
sentada en tu sillita
viendo un cuaderno que te hojeaba yo.
Ella entró a la pieza,
te cogió la cabeza,
te besó con tristeza,
y salió...

Ya se fué la abuelita! Muchos días
va a pasar ausente,
luego podremos ver quién te consiente
las regalonerías...

Y por las noches cuando estés despierta
y se te ocurra estar un rato en vela,
ya no podrás ir a tocar la puerta
que te abría la abuela...

Yo sé lo que recuerda y lo que anhela,
esa pobre cabeza juguetona,
pero... se fué la abuela.
¡Solita se quedó la reglona!

PLEGARIA

Dame serenidad. Mi pobre vida
quiere tener, Señor, los pies divinos,
y ser como la hoja desprendida
que cae y llena de oro los caminos.

Dame serenidad, Señor, y quema
mi corazón con tu sabiduría,
y haz que sea sencillo mi poema
para que nazca humilde como el día.

Dame serenidad y dame fuerza.
Esta carne que ahora yo desgarré
es muy posible que después se tuerza.
Señor, tú sabes que somos de barro.

Señor, tú sabes que somos de viento;
Señor, tú sabes que somos de lodo;
amamos un momento el sufrimiento,
pero después se nos derrumba todo!

A pesar de la luz en que nos meces,
y de este corazón que nos regalas,
y de esta claridad que nos ofreces,
¡no sabemos, Señor, abrir las alas!

Señor, mis pobres manos dolorosas
quieren tener, aunque ya están cansadas,
esa sabiduría de las cosas
que te obedecen dulces y calladas.

Dame serenidad, Señor, y quema
mi corazón con tu sabiduría,
y haz que sea sencillo mi poema
para que nazca humilde como el día.

EL SANTUARIO DE LA MONTAÑA

Vendrá en las claras mañanitas tuyas,
pondrá sus flores a tus pies desnudos,
levantará sus ojos pensativos
hasta tus ojos.

En tu santuario silencioso y solo,
a donde llegan todos los humildes,
te entregará la ofrenda modestísima
de su plegaria.

Al resplandor de tus azules ojos,
a tus pies la verás arrodillada,
sencilla y pura como una parábola
del evangelio.

Yo que ya tengo el corazón cansado
por las andanzas de la vieja vida,
los tres peldaños de tu altar celeste
nunca he subido.

Pero te pido que bajes los ojos
hasta su limpio corazón inmenso,
y en él verás, eterna y transparente,
mi poesía.

Su corazón lo he cincelado a solas;
égloga suave de mi primavera,
verso perfecto en el que yo he dejado
toda mi vida.

Madre de Cristo, Reina de la tierra,
toma su limpio corazón inmenso;
¡tiene algo eterno que me ha convencido
de que soy bueno!

MARIA AGUSTINA REBECA

Sobre su corazón pondré la estrella
consoladora de mi poesía.
Me iré entregando totalmente a ella
en frases de humildad y de alegría.

Me iré entregando en todos mis momentos
para que su alma nueva me recoja,
y así mis más sencillos pensamientos
se copien dentro de su sangre roja.

Le daré lo mejor que hay en mi vida:
voluntad y pasión, fuerza y ternura,
y ante todo, esta sed siempre encendida
de levantar los ojos a la altura.

Suyos serán todos mis días buenos,
suyas mis crudas luchas interiores,
y suyos todos estos versos plenos,
miel de mi vida y sal de mis amores.

Será como un pedazo de mí mismo
lanzado al porvenir. Por su belleza
ha de soplar un hálito de abismo...
toda mi poesía y mi tristeza.

Será mi amor entrando en el futuro.
Su corazón llameante de verdad
tendrá la sencillez de un verso puro,
que nace como de casualidad.

Y cuando mis pupilas fatigadas,
no se eleven sedientas hacia arriba
cuando estén estas manos ya cansadas,
cuando la buena tierra me reciba,
su madre, que es más bella cuando llora,
cogerá su cabeza soñadora
enferma de una idealidad bendita
se asomará a sus ojos de pasión,
y en el fondo verá una lucecita
y en esa lucecita estaré yo...

APUNTES LIRICOS

I

Te traje en brazos hasta el lecho,
toda belleza y emoción.
Así apretada contra el pecho
como se trae una canción.

Música tiene tu violento
corazón lírico y pequeño...
Cuando tú duermes, yo te siento
hasta el murmullo de tu sueño...

Ni he de pensar en este instante,
pues es tan leve tu soñar,
que con una idea vibrante
tú te podrías despertar...

II

Ser niño, niño, niño,
todo misterio y emoción,
y amar las cosas sencillas:
el pan, la miel y el sol.

Amar las cosas inútiles
con florida devoción,
y sentir volar los versos
alrededor del corazón.

Hundirse en los claros abismos
de la vida interior, y volver
transparente como el agua clara
que apaga la sed...

III

El corazón está agitado,
y es porque hay luna en el jardín,
y un piano me está recordando
algo muy hondo que viví.

En el aire celeste de la noche
hay pensamientos de mujer;
y yo estoy solo, frente a frente, ahora,
a este no sé qué...

Esta hora es extraña
y se tendrá que perder,
y la debo sentir unos momentos
por última vez...

Y después no podrá mi alma
recuperarla jamás.
¡No poder aprisionar algo
—una ráfaga de nosotros mismos—
y hacerla inmortal!

IV

Unas cuantas hojas secas
se han desprendido de un árbol
y han caído en la vereda
de esta calle de mi barrio.
Unas cuantas hojas secas...
Primeras tardes de Marzo,
que vienen tan calladitas...
¿No tienes frías las manos,
chiquilla mía?

He oído

un largo grito de un pájaro.
Ella ha cerrado el balcón;
yo me he quedado pensando...
Y adentro alguien ha dicho:
—Mañana estará nublado...

V

Aspero y fuerte amor que yo te tengo,
acaso nunca lo comprenda nadie,
porque es como el residuo de esta vida
bárbara y muda.

Aspero y fuerte amor que yo te tengo,
total y puro y absoluto y único,
que está en mi espíritu, que está en mis músculos,
y está en mi sangre.

Aspero y fuerte amor que yo te tengo!
Gusta de todos los dolores hondos,

de los silencios, y de las batallas,
y de la muerte.

En versos libres y futuros y altos,
bajo el fragor de una pasión salvaje,
suelo cantarlo cuando me hallo solo
y estoy borracho...

VI

Qué agradable es a veces sentirse un poco enfermo
y acariciar a solas nuestras dulces desgracias,
y conversar con una mujer bonita y triste
que tenga unas historias de silenciosas lágrimas...

Y no salir de casa. Y quedarse en la pieza
viendo pasar el día detrás de la ventana,
ante una mesa, donde hay libros y periódicos
y flores, y unas cuantas carillas empezadas.

Y así pasar las horas, las horas y las horas
sin proyectos ni anhelos; y saborear con ansias
la voluptuosidad de sentirnos inútiles
ante el fragor intenso de la vida que pasa...

VII

En este viejo corazón recibo,
tal como en una copa, las jornañas
de los avances épicos, que vivo
en esta larga lucha de emboscadas.

Va siempre solitario y pensativo
pero hay en él como un rumor de espadas,

y allá en mis soledades, cuando escribo,
él hace sus radiantes avanzadas...

Cuando en su costa abrupta hacen su arribo
todas mis esperanzas derrotadas,
él, aunque duro y tiene un gesto esquivo,
me espera con las alas desplegadas...

VIII

Corazón, no te entienden... Tal vez sea
mucho mejor. Así podrás pasar
tu vida allá en el fondo de una aldea,
donde haya un monasterio y un pinar.

Amarás la humildad y la ternura.
Y con una evangélica emoción,
escucharás la plática del cura
en la parroquia de la población.

De mañana, saldrás de tus callejas,
y te irás a la playa a descansar,
y allí suspirarás por cosas viejas
viendo pasar los pájaros del mar.

IX

Para mí la niebla gris
y pesada de los ásperos
días de invierno; los árboles
desnudos, negros, tronchados;
los monótonos caminos
donde se escucha el trabajo

material; las soledades
voluntarias; los más altos
y deformes horizontes:
¡Todos los aspectos agrios
y violentos de la vida!

Del fondo de ellos yo arranco
ideas fuertes, robustos
pensamientos, como un bárbaro
canto de la realidad.
La tierra sabrá escucharlo...

X

¡Oh, mujer! Estos versos tumultuosos y oscuros
que arrojé por la vida desesperadamente;
estos versos revueltos, espontáneos y duros
que lee—mansamente, sin inquietud—la gente;
estos versos llameantes, estos versos sombríos,
estos versos que tienen entrañas armoniosas,
son desesperaciones, son aullidos míos
ante el enigma eterno que hay en todas las cosas...

Yo tengo una inquietud que se retuerce loca
cuando interrogo al cielo buscando claridad,
con palabras de llamas que me queman la boca,
y quieren escapar hacia la eternidad!

XI

No es cosa de llorar ni de desanimarse,
pero es verdad. El rubio mocerío que esparce
glorias y rebeldías ya comienza a alejarse...

En un mesón de bar, desordenadamente, hemos perdido el tiempo y el humor. El ambiente ya comienza a enfriarse melancólicamente...

Gastón, nuestro poeta, se marchó a una oscura provincia a trabajar cosas de agricultura. Hoy ya no se preocupa de la literatura...

Rafael, que tenía tanto temperamento, falleció sin dejar ni un libro. Un largo y lento cansancio flota sobre los demás. Yo lo siento.

Hoy he llegado a casa y empezado a hojear mis papeles. Ensayos y poemas. Pensar de otros días. Cosas que no han de regresar...

Y como aquel que con una angustia secreta antes de hacer un viaje arregla su maleta, yo he arreglado a solas mi fardo de poeta.

¿He pensado en la muerte? Yo no sé lo que ha sido. Pero hoy día, en la tarde, vagamente he sentido un temor, una angustia por el tiempo perdido.

LAS MANOS

Aman el humilde
sabor del trabajo;
conocen el rostro
de los días ásperos;
viven la ternura
del hogar callado,
y tejen sus sueños
después que han ganado
la risa y el agua
y el pan cotidiano...

Mis manos son francas
y leales. Mis manos
luchan por la vida,
y pasan los años
golpeando en el yunque
del esfuerzo diario...

Vieja poesía
de nuestro trabajo,
cómo te comprenden
las sencillas manos
de los campesinos,
de los artesanos,

de la gente pobre
que sale temprano
y vuelve de noche
al rincón del barrio...

Poesía anónima
de las pobres manos,
vulgar poesía
que todos dejamos
en el calor propio
de nuestro trabajo.

Manos de poeta
que aman el trabajo,
yo espero que un día
llenas de milagros
se ahuequen tal como
las de un visionario
mendigo, y en ellas
caigan desde lo alto
una a una, todas
las estrellas...

Manos
de poeta, entonces
os moriréis bajo
los cielos vacíos
y mudos y trágicos...

ELLA

La sencillez es una muchachuela
con ojos muy bonitos...

Anda por los caminos
jugando con las ramas de los árboles,
y al borde de los chareos más humildes
se detiene un instante...

A veces sueña en un verso,
otras ríe en un paisaje,
y no es raro que en el agua
a veces cante...

Despierta en todas partes,
pero la ven muy pocos...

¡Y es una muchacha
con tan bonitos ojos!

RAYITO DE LUNA

Duérmete, mi linda,
duérmete, por Dios,
que estamos contigo
nosotros los dos...

En la lojanía
clara como el día
la melancolía
del ensueño aquel...
La tarde dorada,
la calle soleada,
y la risa amada
como un cascabel...

Y por la ventana
miramos lejana
la azul caravana
de la evocación...

Sueños que murieron...
cosas que pasaron,
días que se fueron
y que se olvidaron...
¡Pobre corazón!

Pero eso ¡qué importa!
si todo volvió...
Duérmete, mi linda,
duérmete, por Dios...

Nos hemos querido.
Hemos hecho el nido.
Aquí hemos vivido
todo lo mejor.
Y hoy tenemos una
rosa en esta cuna,
con alma de luna
y carne de flor...

Duérmete, mi linda,
duérmete, por Dios.
que estamos contigo
nosotros los dos...

El dulce pasado
ha resucitado!
y el amor vendado
ha vuelto a pasar...
Milagro encendido
que hoy ha florecido
humilde y sentido
como este cantar...

Mi corazoncito,
¡qué bien me hace oír
el cantar bendito
que te hace dormir!
La canción serena
perfuma la voz.
Duérmete, mi nena,
duérmete, por Dios...

¡Cantares de cuna!
los sabe la luna
porque de ella son.
¡Cantares benditos
para sus ojitos
y mi corazón!

Floreita de nieve,
rayito de sol,
estamos contigo
nosotros los dos...
y los versos fluyen
como una oración...
Duérmete, mi linda,
duérmete por Dios.

CUATRO SONETOS

I

Entre el pavor de mis modernos males
surges a veces imposible y muda,
bajo la tarde lírica y desnuda
de mis adoraciones otoñales.

El recuerdo te entrega sus sensuales
sugerencias ocultas, y te ayuda
a elevarte mejor sobre la ruda
cadena de mis vicios cerebrales.

Tú llenarás todos los libros míos
con la innombrable y única delicia
de tu sabiduría y tu locura,

y los hombres, irónicos y fríos,
te creerán sólo una flor ficticia
de mi tristeza y mi literatura...

II

Bajo este cielo doloroso y hondo
cultivas tus tragedias interiores,
y pueblas de modernos sinsabores
tu corazón artificial y blondo...

Yo que también me escucho, y que me ahondo
en busca de tormentos superiores,
hoy, mirando tus ojos sufridores,
me dañé el alma al asomarme al fondo...

Pero cuando hagas de tus dualidades
ardientes cuerdas de un laúd sereno,
que, para oírte bien, tú misma pulses;

yo he de estudiar en tus enfermedades
la fórmula del pálido veneno
de tus suplicios demasiado dulces.

III

El corazón de mis refinamientos
vive de los recuerdos... Las fragantes
nieves de los pretéritos instantes
son el pan de mis arduos pensamientos.

Mis horas sueñan bajo cenicientos
ocazos. Mis otoños extenuantes
me traen los aromas penetrantes
de unos fuertes y cálidos momentos.

Mi pasado en un golpe de egoísmo
se llevó mi inquietud, me dió su calma...
Hoy nada quiero ni a ninguno envidio.

Y, cuando para estar conmigo mismo
me asomo al fondo escuálido de mi alma,
veo la mancha roja de un suicidio...

IV

Mi heroica soledad, dura y sombría,
canta sus monorrinos. Un intenso
perfume hay en mis tardes: ¡El incienso
que está quemando mi melancolía!

Cada mañana que despierta es mía.
En ella me hunde y en silencio pienso;
y frente a frente al horizonte inmenso
abro los brazos y recibo el día!

Me doy todo al dulcísimo tormento
de la vida interior. Bebo en el tosco
vaso que es sólo mío. En él me abismo.

Y así siempre seré, porque presiento
que hay algo en mi interior que desconozco
y que es mucho más grande que yo mismo...

LOS MOMENTOS SERENOS

LA ESTRELLA

Una dulcísima ambición
de solitario peregrino,
vuela un claro de luna en el camino
por donde va mi obscuro corazón.

Ha de llegar esa estupenda
noche, sin un presentimiento.
Yo la recibiré como una ofrenda
de mis tristezas y del firmamento.

Y el caso será así, sencillamente:
Bajo la noche lírica y durmiente
sentir el alma en calma tal como ella;
mirar el cielo, e impensadamente,
descubrir una estrella...

Después seguir, llevando como un lema
el cielo claro y el camino recto;
viendo cumplida la ambición suprema,
Nada más. Nada más. Todo el poema
en un verso perfecto...

Pero esa estrella será mía, mía;
antes que yo no la miró alma alguna;
y por ella será mi poesía
vecina de la luna...

Fábula viva del sereno Oriente,
ala de alondra que subió del suelo,
vértigo de tener eternamente
algo nuestro en el cielo...

Yo he de ofrecerle mi mejor ternura,
y esta fé suave que jamás perdí;
y de tanto mirar hacia la altura
algo de cielo habrá dentro de mí...

Cuando la vea el corazón dolido,
se poblará de ensueños balbucientes
y sentirá el dulcísimo latido
de las alas nacientes...

Yo seguiré sus huellas
por todos los caminos más lejanos,
y por las noches soñarán mis manos
que están llenas de estrellas...

Es esa toda mi ambición suprema.
Nada más. Nada más. Todo el poema
en un verso perfecto.
Después seguir llevando como un lema
el cielo claro y el camino recto...

LAS HUELLAS DEL MAESTRO

I

Abrir el corazón como una mano
para todo el que pide ensueño o pan.
Yo sé que hasta a los astros más distantes
nuestras limosnas lograrán llegar.

La moneda que damos
alguna noche sin saber por qué
la recibe el mendigo
y la estrella también...

Rosal que suelta al viento su perfume,
río ancho y claro que se entrega al mar,
sol que alumbra la tierra. Cuando damos
nos vamos agrandando en los demás...

II

...Y así tus horas estarán sagradas.
¡Que la fiera te hiera

y que queden sus zarpas perfumadas
hasta el día en que muera!

¡Que te rompan el cuerpo los zarzales,
y que al tocar tu carne dolorida
se queden convertidos en rosales
para toda la vida!

¡Que te arranquen los ojos las sombrías
y obscuras manos de la humanidad,
pero que por tus cuencas ya vacías
puedan ver la celeste claridad!

LA FRONTERA

Hay en la vida humana una oculta frontera,
en donde abre los ojos nuestra propia verdad;
allí no languidece nunca la primavera
y nuestras manos palpan aguas de eternidad.

La vida arde con fuegos de lámpara votiva
que no habrá viento adverso que la pueda apagar,
y nuestra alma sedienta de las cosas de arriba
duerme en una dulcísima actitud de volar...

Cuando el hombre atraviesa la frontera ignorada
nuevas estrellas surgen en sus noches desiertas;
y el cosmos y el espíritu y el átomo y la nada,
se le entregan leales como manos abiertas...

Yo voy trepando aquellas solitarias pendientes;
buenas almas empujan mi barca sobre el mar...
En el viento presiento rastros de alas ardientes,
huellas de pensamientos tan altos y esplendentes
que mi espíritu pobre no los puede abarcar...

Ilusiones pequeñas, vanidades humanas,
mentiras y reñcores: todo se quedó atrás.
Están clareando apenas las primeras mañanas
de unos días enormes: —¡Yo quiero subir más!

Tristezas de la tierra que yo he querido tanto
y que no he de volver a sentir las jamás...
No importa. Unas sirenas me atraen en un canto
que viene de la altura: ¡Yo quiero subir más!

Y a los hombres que quedan solos con sus pasiones,
les dejaré, al partir de este ensueño sombrío,
unos versos sencillos y unas buenas acciones...
Lo único que fué enteramente mío...

Mis manos se despiden temblando de ternura.
Los hombres, los amores, todo se queda atrás...
Contemplo por vez última la angosta senda oscura
y despliego las alas cara a cara a la altura.
¡Yo quiero subir más! ¡Yo quiero subir más!

Y ALZO LA COPA BAJO LAS ESTRELLAS

Sobre las inquietudes y los odios,
como una alondra despertó el poema,
ebrio de insospechables episodios
en la tarde enigmática y suprema...

Fué en la terraza, frente al mar, Zadara
iluminada de melancolía,
empezó a recitar como si hablara
con el ocaso y con la lejanía.

Ella ponía sus secretos fuegos
al decir el poema, lentamente;
qué bien lucían esos versos griegos
allá en el fondo de su voz caliente...

La sombra suave fué creciendo en torno
de los dos. El crepúsculo violeta
fué borrando con gracia su contorno
como para robarse su silueta.

Después, llena de ensueño y de inocencia,
al margen de una breve frase mía,
ella sostuvo con sutil vehemencia
toda la charla de filosofía.

Habló de Francia y su literatura
defendió a los filósofos germanos,
y en los ataques a la razón pura
se dió con Kant un apretón de manos.

Yo en tanto recordaba las gloriosas
noches desvanecidas y olvidadas:
Todo un mundo de lágrimas y rosas
con discusiones y con trasnochadas.

En una hora bulliciosa y honda
la conocí. Tenía el alma griega,
y detrás de sus ojos de Gioconda
temblaban los recuerdos de Noruega.

Fué en un bar apartado. Amanecía.
El alba derramaba un visionario
gris-azul. Un violín languidecía
con Grieg... "El Caminante solitario".

Nos saludamos riendo. La oportuna
música nos unió. Y a nuestro modo,
fuimos emperadores en la luna,
en el placer y en el desprecio a todo...

Y cuando, pura de melancolía
bebió conmigo por su amada Europa,
me pareció que toda el alba había
héchose ensueño dentro de su copa...

Después, en su nostalgia siempre viva,
murieron sus palabras delirantes
y se quedó un momento pensativa
y con los ojos más enormes que antes.

Estaba encantadora su cabeza
de soñadora, inmóvil y sombría,

bajo la albada suave. Su tristeza
amaneció celeste como el día...

Después se fué. Los ojos tristes, graves...
Y me dejó, al marcharse apresurada,
los labios ebrios de palabras suaves
y el corazón lleno de madrugada.

No volvimos a vernos. Alas de ave
tiene el recuerdo. Vuela a sus abismos.
Y cada ensueño es una pobre nave
que va encharcándose en nosotros mismos.

Y así nos encontramos de improviso
en la terraza, frente al mar. Fué ella
como un desvanecido paraíso
que regresó con la primera estrella.

La noche surgió al fin, honda y extraña,
borrando el mar. Faltaba en el ambiente
la melodía simple de una caña
que se fuera alejando humildemente...

Nuestros cuerpos estaban silenciosos.
La champaña esperaba. A las vacías
copas llegaban toques luminosos
desde las moribundas lejanías...

Luego bebimos locamente. Para
brindar por todas las pasiones bellas,
con devoción altísima, Zadara,
alzó la copa bajo las estrellas.

Yo vibré de celestes emociones,
como si fueran en aquel instante,
a caer todas las constelaciones
en su pequeña copa de bacante.

Después, bebió y me dijo: —Soñaremos
con orgías y yo triunfaré en ellas.
Tengo en el corazón ritmos supremos,
He bebido champaña con estrellas.

¡El Milagro! Ya las constelaciones
no estaban en los hondos firmamentos,
y las sombras en nuestros corazones
se enroscaban como arrepentimientos.

Era una obscuridad trágica y nueva.
Nosotros, ebrios, trémulos y mudos,
nos estrechamos como Adán y Eva,
sintiéndonos perdidos y desnudos...

Miré la copa lírica y vacía,
y pude contemplar unos instantes,
que en el cristal quedaban todavía
aleteos de estrellas titilantes.

La tragedia pasó por nuestras vidas.
Y el mar quedó en tal calma sumergido,
que ambos, entre las sombras doloridas,
sentimos como si se hubiera ido...

Y la terraza, en la quietud nocturna,
parecía una barca abandonada,
que iba en la noche ciega y taciturna
enfrentando la proa hacia la nada...

NOCTURNO

Noche de Agosto. Hace rato
ha comenzado a soplar
un viento triste. No salgo
de casa. Quiero pensar...

Mi lámpara arroja un charco,
pavoroso y espectral,
de luz amarilla, sobre
la mesa alegre y banal,
llena de versos, de libros,
y de loca actividad.

El fuego chisporrotea
en el brasero. Será
el último fuego de este
invierno. Su claridad
es melancolía. Pronto
vendrá el viento pasional
y revoltoso de Octubre.
Las nubes grises se irán.

Reventarán las mañanas
gloriosamente. La paz
de mis sueños interiores

con su luz se turbará
como una mujer... Las tardes
largas y tibias serán.

Pero ¿por qué yo estoy triste?
La fatiga cerebral...
ya no puedo, ya no puedo
desentenderme del mal...
Críticas, teatros, estudios,
sueños, derroche mental,
exámenes interiores,
locuras de la ciudad...

Y todo ¿para qué? Nacen
de mi turbia soledad,
violentas filosofías
de desertor. El pensar
es un mal triste. La gloria
un espejismo ancestral.
Las perfecciones artísticas
no existen. La obra total
una mentira entusiasta.
de nosotros...

El tic-tac
del reloj arroja un poco
de bruma sentimental
en todo mi gabinete
de trabajo. ¿Qué será?
Las ideas y las cosas
que ahora veo pasar,
tienen un gesto de duda
y un toque crepuscular...

En esta consciente y suave
agonía intelectual,
surge un arrepentimiento
agudo como un puñal.

Yo siempre he sido un morbosos
en el modo de mirar
las cosas. Les he buscado
su secreto más allá,
llevado siempre por una
sedienta curiosidad
del espíritu, que es triste
como toda enfermedad...

Miro los cuadros borrosos
y decadentes. Me dan
sensaciones largas, como
calofríos del pensar.

Recuerdo mis versos. Todos
tienen ese mismo mal,
mal de ambiente, mal de herencia,
mal del alma original...
Yo tengo un gesto de duda
y un toque crepuscular...

FIRME Y SERENO SERÁ EL RUEGO NUESTRO

He de ser transparente y silencioso
como las suaves aguas del remanso,
y para el mundo pobre y doloroso
mi corazón será como un descanso.

Y en este pobre corazón de barro,
todo se hará canción:
La estrella y el guijarro,
y el alba y la emoción.

Y ellos vendrán de la ciudad sombría,
muertos de tedio y de melancolía,
locos de duda y de ambición vendrán...
yo les daré a beber el agua mía
y partiré mi pan.

Y aunque me olviden y aunque me amenacen,
firme y sereno será el ruego nuestro:
—Perdónales, Maestro,
que no saben lo que hacen...

I N T I M A

Cansancio, cansancio mío,
qué bien te llevo en el alma
así como un niño enfermo,
de dulces y hondas desgracias...

Tienes los ojos celestes
pobre cansancio de mi alma,
y sientes pasar la vida
tal como si se arrastrara...

Escribes versos sencillos
y amas la tarde azulada...
Eres como un niño enfermo
de dulces y hondas desgracias.

MI CASA

He formado la carne de mis versos mejores
con la gracia de tu alba y humilde arquitectura;
tus ventanas me dieron horizontes y amores
y tu techumbre suave me entregó su ternura.

Bajo tus alas duermen los celestes dolores
nacidos de mi vida solitaria y oscura,
sobre la cual resuenan aires batalladores
que tienen—como pájaros—la emoción de la altura.

Ab! Cuando ya la tierra me tenga entre sus brazos
y sobre tí se arrastren los futuros ocasos
dorando tus pequeñas ventanas entornadas...

Cuando ya mis hermanos estén solos y viejos,
yo me asomaré al fondo de los pobres espejos
y en los cuartos oscuros sonarán mis pisadas...

REMEMBER

Es dulce hablar a veces de las mujeres muertas,
que al irse nos dejaron una fragancia leve.
Sus nombres tristes tienen resonancias inciertas
y nos llenan el alma de recuerdos de nieve...

Y esos recuerdos lívidos son ventanas abiertas
por donde mira al cielo nuestra existencia breve;
mientras sobre sus manos adoradas y yertas
cae tierra y olvido, pasan los años, llueve...

Y todos comentamos: —Sí... No sé qué tenía
de lejano y de triste cuando se sonreía...
¿Te acuerdas? Tanta gracia en el modo de andar...

Callamos. Ha caído un silencio del cielo,
algo como una luz o una sombra o un vuelo;
y a todos se nos quitan los deseos de hablar...

UNA MUJER

Tristeza nuestra, desaliento mudo,
odio contra los hombres, frenesí...
Cuántas veces negamos el saludo
porque nos da la gana, porque sí...

Vivir años tras años sumergidos
en la vida interior,
y un día despertarnos ya perdidos
en un charco de tedio y de rencor...

Se llega hasta nosotros un cualquiera
y se indigna ante nuestro corazón
porque siente la vida a su manera:
¡Es tan hermoso no tener razón!

Saber que es nuestra vida
contradictoria como la emoción,
y que por fin se acabará, perdida
así como en la noche dolorida
se pierde una canción...

Y ser contradictorios, dulcemente
contradictorios. Ver nuestros abismos,
y así vivir en una guerra ardiente
y sin cuartel contra nosotros mismos.

Contemplarnos vivir desde la altura
y sonreírnos con una ironía,
que es como un charco de agua de amargura
donde se mira la melancolía...

Ver que ni literatos ni profanos
lograrán comprendernos, ni estrechar
estas calientes y cansadas manos
que ya sintieron la inquietud pasar...

Y ver que con el viento vagabundo
se acerca un resplandor alto y profundo,
y unos ojos humildes de mujer,
y unas palabras anchas como el mundo
que nuestro espíritu ebrio y moribundo,
casi no las alcanza a contener...

Y gritarnos con risa cadenciosa:
—Ya está, muchacho, ¡arriba!
No pensemos ya más en estas cosas...
Pero después quedarse pensativa...

Y entre caricias trémulas y diestras,
decirnos en el tono más sencillo:
—Esas son tonterías de chiquillo...
¡Quién va a sentir todas las cosas nuestras!...

CARTA A LAS MUJERES DE PROVINCIA

Lectora,

lectora de provincia,
que te gusta en las noches,
mientras tu padre sale
y tu hermano menor
reparar las lecciones de aritmética,
leer algunas páginas fragantes
para que no te ahogue
este tedio profundo de la vida.

Sé que tú te fastidias
releyendo el periódico del pueblo,
siempre lleno de anuncios
y sueltos de política
que tan sólo a tu padre le interesan
y a tu tío materno, que es alcalde,
hace ocho años, del pueblo.

Sé que el pueblo es monótono,
que por las calles solas
no han resonado nunca
las pisadas menudas
de tu felicidad...

Sé también que tú tienes
dos amigas muy buenas
pero que no te entienden.

Sé que te gustaría ser mi amiga
porque has leído algunos versos míos,
y sientes que yo he sido tu poeta,
sin saber ni quién eres.

Sé que te gustaría ser mi amiga,
y ambos conversaríamos
de muchas cosas nuestras,
que no tienen sentido,
pero que sueñan bien dentro del alma
y que pueden decir las solamente
los poetas, en versos;
las mujeres, a solas y en secreto...

Sé también,

y esto te lo declaro humildemente,
que en algunas revistas semanales
tú has encontrado algunas hojas mías,
y has sabido por ellas
que gusto bucear los corazones
de vosotras, mujeres de provincia,
porque son corazones aún intactos,
que esperan en silencio
un hombre, que de cerca, les confiese
y un poeta que les mienta desde lejos...

Lectora,

Lectora de provincia:
Esta noche callada
como las de tu pueblo,
y profunda—permíteme, lectora—
así como tus ojos;

porque sé que tus ojos son profundos,
profundos de soñar,
profundos de esperar,
profundos de mirar
los trenes que se van...
¿Has pensado, lectora,
a dónde van los trenes
que pasan por provincia?...

Perdóname, lectora,
que interrumpa la carta,
es que a cada momento
el corazón, chiquillo, se distrae.
Esta noche he tenido
el capricho de hablarte houradamente
en estos versos sueltos,
porque ya voy perdiendo
la esperanza de verte alguna vez.

En los comienzos de mi mocerío,
cuando empezaba el corazón
a sentirse poeta,
y derramaba versos y ambiciones
sobre mis horas de meditación,
pensaba—el optimismo
me ha hecho mucho mal—
que a cada una de vosotras
yo las conocería poco a poco,
y que seríamos buenos amigos
tan sólo por el hecho
de que yo haya cantado vuestra vida
melancólicamente.

Y el tiempo va rodando,
y para el corazón ruedan los días
como por los caminos de los pueblos,
monótonos, iguales...

Las ilusiones se van apagando,
la juventud cascabelera
ya se va calle abajo
con sus cantares y con sus mujeres,
y el poeta que se ha quedado solo,
ha pensado en vosotras,
en las que un día lejano
se vieron retratadas en mis versos,
tal como nos miramos
sobre el agua dormida.

Y he pensado en vosotras que ya nunca
conoceré, que fueron
amigas desde lejos y en silencio,
y he pensado en enviaros esta carta,
sólo para consuelo vuestro y mío.

II

Soñando en el silencio pueblerino
esperan al amor en un balcón.
Con los ojos preguntan al camino.
Sintió que alguien venía el corazón...

Con ensueños el alma se entretiene,
pero luego la vida ¡tan infiel!
Si el alma sueña a veces que allí viene
la vida le responde que no es él...

Pasó otro día. Lejos, el sol arde
con pena. ¡Mañana podrá ser!...
Y el viento vagabundo de la tarde
se ha llevado un suspiro de mujer...

Llegó el invierno. El alma está lejana.
La ermita de la aldea piensa en Dios,
y aunque tan sólo suena una campana
parece que alguien les ha dicho adiós...

Llegó el invierno y gimoteó la lluvia.
La primavera errante ya se fué.
Y hay una loca cabecita rubia
que está llorando sin saber por qué!...

Mujeres de la aldea mansa y quieta,
que creéis que el amor no pasará,
ruedan los años y vuestro poeta
aún esperando a la imposible está!...

Quiero que la esperanza en vuestras bocas
cante un nuevo milagro de emoción,
y para vuestras cabecitas locas
haré una almohada de mi corazón...

Dicha lejana, novio que no viene,
gloria que nos mentía el porvenir
sólo para que no nos envenene
este tedio profundo de vivir...

UN PEQUEÑO RECUERDO

Esa noche cenamos juntos. Nuestro destino nos unió en sus celestes y delirantes redes. Eramos cuatro locos de la risa y del vino: Pablo, Alicia, Margot y un servidor de ustedes...

Pablo era un buen muchacho. Alicia, una morena que derrochó su vida en amores triviales. Margot... ¿qué era Margot? No sé. Pero era buena y tenía unos ojos tan tristes y tan leales!...

Fué una noche embrujada, traicionera, encendida. En nuestros corazones hubo una fiesta extraña cuando rompió la música jovial, ¡Viva la Vida! y saltó el estruendoso corcho de la champaña.

En las copas de vino
se reía el destino...

Y las copas se alzaron: —Por nuestra juventud!
Por tus ojos, Margot; Alicia, por tu boca;
por el amor, que pasa; por la gloria, que es loca;
por la vida, que ríe; ¡por nosotros! salud...!

Margot, la de los grandes ojos espirituales,
tan hondos y tan leales,

alzó la copa llena
en un brindis triunfal:
—Salud! Por los artistas que están lejos. Por Siena,
por Hubner, por Barella, por Luceo, por Chazal!

Y se alzaron las copas. La música sabía
que nosotros brindábamos por nuestra muchachada.
Rompió en acordes que eran celeste brujería,
clara melancolía,
vagabunda alegría,
cálida chispería,
que llevo todavía
sobre la historia mía
como una carenjada...

Después, bajo la música que exalta
el alma adormecida,
soñamos en voz alta
y hablamos de la gloria y de la vida...

Y luego nos lanzamos a la calle. La luna
llenaba las aceras.
Era tarde ya. Una
claridad oportuna
plateaba las locas cabelleras,
y acariciaba las ojeras
de nuestras compañeras.

Han rodado los años. Hoy nuestras alegrías
no tienen esa suave claridad,
y sobre el corazón caen los días
llenos de tedio y de vulgaridad...

Los muchachos aquellos para siempre se han ido.
Sus ojos ya no esperan las futuras mañanas,
y sus manos lejanas
escarban en la tierra del olvido...

Los artistas ausentes
por quienes la adorable Margot brindó una vez,
han vuelto con las frentes
optimistas y ardientes
a luchar por la gloria, que ya vendrá después...

Y todos conversamos de la vida futura,
de los nuevos amores, de la literatura...
¿y de aquella Margot se acuerdan todavía?
La Margot que era flor de perenne alegría,
la loca compañera de las vidas inquietas,
la que brindó una noche por todos los poetas,
la Margot delirante
se perdió en los recuerdos de la bohemia errante...

Pero nuestro destino
nos unió en sus celestes y delirantes redes,
y en las noches de zambra, de bohemia y de vino,
resurge su recuerdo lejano y cristalino
en este corazón de un servidor de ustedes...

Mujer, yo no te amaba. Te conocía apenas,
pero tú te llevaste un algo mío,
porque cruzaste riendo allá en las nochebuenas
de mi lejano mocerfo...

Hoy en la vida mía
llena de risas, luchas y de engaños,
te recuerdo con una vaga melancolía
como si tú te hubieras llevado mis veinte años...

La inscripción que merece la juventud perdida
yo la pondría sobre tu sepulero lejano:
Era una enamorada de la vida,
y se marchó temprano!

LAS ALAS

Señor, yo te agradezco estas humildes alas.
Con ternura acaricio su brillante plumaje
cuando aquí me hacen ver que las gentes son malas
y en las tardes inmensas suelo emprender el viaje.

Señor, en ellas duermen estas hambres de altura
y esta serenidad para explorar el cielo;
por ellas puedo huir de nuestra tierra oscura
y beber infinito y horizonte en el vuelo.

Señor, por la belleza que en tus obras exhalas
no quites a tus hijos sencillos y callados,
esta loca alegría de desplegar las alas
y entregarse a los cielos con los ojos cerrados!

Señor, ellas conocen todo lo que tu amas,
estrellas y paisajes, agua azul y agrios montes,
bajo sus suaves golpes fluyen los panoramas
y nos dan sus secretos todos los horizontes.

Señor, no nos las quites. Es nuestro el firmamento
por ellas, y por ellas vemos nuestros destinos;
y al trepar las alturas sentimos en el viento
la alegría del pájaro de no tener caminos!

LOS MOMENTOS INTIMOS

Estoy viviendo mal.
Vivo preparándome
para vivir mejor
otra vida que no deja
nunca de acercarse.

Vivo atropelladamente,
sin gustar los amores
ni las dudas
de estos días veloces.

No le doy importancia
a nada del presente,
pues me parece
que mañana,
cuando llegue esa vida,
todas estas mismas cosas
las viviremos verdaderamente.

Cada sensación de hoy
me parece que no tiene
más valor
que el de un pequeño accidente
que sucedió en un viaje...
Y así voy derrochando
una gran cantidad
de vida...

Todo lo espero del futuro,
y al presente no le pido nada;
y me aterro pensando
en que el futuro tendrá que ser presente,
yo que sueño que el futuro
sea siempre futuro!

II

En mi pieza.
Tendido en el lecho
miro las tablas
del techo.

Junturas uniformes,
paralelas, iguales,
sin una excepción.
Las cuento:
son treinta y dos.

Tres moscas
andando en el techo,
ejecutan variados
caprichos geométricos.

En el dulce silencio
del día de verano,
mirando estas cosas simples,
descanso...

De pronto me fijo
en la puerta entornada
que da a un cuarto obscuro,
y pierdo la calma
para mirar el techo
seguir las moscas

y contar las tablas,
pues me parece que ese hueco negro
de la puerta entornada
me está mirando con una mirada
profundamente humana...

III

Hoy aplaudían a un compañero
que escribió una poesía,
y yo oyendo esos aplausos
sentí una espontánea alegría.

Ahora volviendo a casa,
mirándome a mí,
me ha dado alegría
por esa alegría que sentí.

IV

Venimos al comedor todos,
y nos sentamos silenciosos.
Ninguno rompe a hablar.
Es un silencio casual.

Y al chocar los objetos unos con otros
tienen sonidos rencorosos.

Hace un momento
todos estábamos amigos y contentos.

Mientras el silencio prosigue
nos sorprendemos fieramente hostiles.

De pronto uno habla,
luego todos hablamos

pero nos sentimos
profundamente separados...

Todos nos queremos,
pero en estos momentos silenciosos
parece que nacieran enemigos
del fondo de nosotros...

V

Con un amigo aquí en la redacción
hablamos de cosas del corazón.

Escarbamos momentos sutiles,
y le encontramos a las cosas
aspectos vírgenes.

Decimos cosas altísimas
que el cerebro no las sabe:
el corazón las adivina...

Repentinamente entra a la sala
un antiguo mozo;
es un viejo ridículo,
parece un loco.
Dice una tontería,
nos reímos nosotros.

El hombre se va.
Nosotros nos quedamos callados.
No podemos conseguir
coger el momento anterior.

El hombre ha dejado en el ambiente,
en las murallas, en las cosas, en todo,
una hilaridad ridícula.
No podemos volver a nosotros.

VI

Mis libros son buenos compañeros,
y dulces cómplices de mi silencio.
De tanto vivir junto a mi vida,
han cogido algo de las horas mías.

Hoy he regalado un libro,
y además del volumen,
he dado un no sé qué profundamente mío.

VII

Desde mi ventana,
azul, dormido, reflejando el cielo,
te veo, charco de agua.

Ingenuamente humilde,
sabes ser lírico,
Copias el cielo y con su azul te vistes.

Transparente y sencillo,
nada ocultas.
Tu buena vida
sueña desnuda.

Ayer eras nube;
hoy recuerdas el cielo
y miras hacia arriba.

Pones sobre la tierra
una ilusión de cielo.

Y esta noche
recogerán tus aguas quietas
unas enantas estrellas.

Sólo una golondrina,
que pasó en la mañana,
supo de tu canción.

Ya mañana la tierra
te habrá sorbido enteramente,
y nadie más que yo
y un pájaro viajero,
sabremos de tu clara
y pequeña y humilde poesía.

VIII

Tierra morena,
déjame oír tu ritmo.

Tierra bendita,
quiero saber la fórmula
de ese grano humilde que se arroja,
y que lleva un futuro de gracia,
de color, de armonía,
que despierta hecho flor una mañana.

Tierra buena,
quiero mamar en tus morenos pechos
esa serenidad
de tu sabiduría.

Tierra sabia,
quiero aprender las cifras
de la geometría inmortal,
que dibuja el camino de la fuerza,
crea la arquitectura de las flores
y armoniza las constelaciones.

Tierra honda,
dame el principio de tu lógica,

que se expone rotunda
en una cumbre o una rosa.

Tierra loca, dáte a mí
con todo tu amor amplio,
que ya conocerás mi corazón
cuando tú me recojas
con los ojos cerrados.

IX

Mi corazón de mujer
está triste de pensar.

Estoy pálido, escéptico.
Las tardes y los libros me hacen mal.

Tengo predilección por el pecado
y por la vanidad,
por el deleite y por la sangre,
y por lo fatal.

Me envenena la aristocracia
de mi tristeza intelectual;
y el placer de sentirme
cada instante más débil
llega a ser violento y sensual.

Siento una profunda, rabiosa
loca voluptuosidad,
viendo a mis pies rota y deshecha
la voluntad.

De todos los deleites, el más bello
es este deleite artificial
de sentirme impotente para todo,
bajo el cansancio intelectual.

Y que los nervios se afinen
hasta sentir el estruendo de pensar,
el estruendo de querer,
el estruendo de soñar...

Yo no pienso, ni quiero, ni sueño,
para no hacer ruido en mi interior.
Los ruidos del ensueño,
del pensamiento y de la voluntad,
le hacen mal
al corazón...

X

Tengo en brazos a mi hija,
y con el corazón
siento el ritmo de su sangre
como una canción!

En sus menores actitudes
veo momentos míos,
y en sus ojos
—¡extrañamente azules!—
me presiento a mí mismo.

Es mi juventud que florece
como una planta, ingenuamente.

En sus ojos mi buena infancia
está amaneciendo otra vez.

Es una agua dormida
en donde veo reflejado
lo mejor de mi vida!

Mi espíritu se mira
en ese no sé qué tan hondo
que siempre está encendido
en el fondo sin fondo de sus ojos.

Allí veo mi orgullo,
mi emoción llena de luz,
y todas las ambiciones
de mi errabunda juventud.

Allí están mis tristezas
y mis alegrías
y todas esas cosas
que son profundamente mías.

¡Mi vida de poeta,
en sus ojos de mujer,
regocijadamente,
se ve amanecer!

XI

Ir solo,
y sin preocuparse nunca
del heroico gesto propio;
y, sin hablar, ser como
una protesta contra todos.

La soledad
es un canto agresivo
que los grandes poetas
nos cantamos a nosotros mismos.

Eres una grandeza
¡oh, tú, soledad!
En tí nos acereamos
a la inmortalidad.

La soledad
es una bella mujer que está inmóvil,
y un puente entre el mundo y nosotros.

Es cuna de imposibles
y espejo de nosotros mismos.
Calladamente
yo me iré por sus caminos.

Viviré en ella,
alegre, silencioso, tranquilo;
y en mi corazón
dejaré inéditos mis libros...

Sus más recónditas exquisiteces
me mostrará mi espíritu;
y allá en las mañanas de sol
seré un gran lírico,
enigmático y mudo,
para oírme a mí mismo.

Para la multitud
no gritarán mis palabras.
Seré un poeta para mí.
Y nadie sabrá nada.

XII

En el balcón
los viejos maesteros
se ríen al sol.

Yo me asomo a la calle
y saludo a mi vecina. Es muy amable.

Toda la mañana brilla
con una loca alegría.

Alegría en las campanas
que suenan lejanas
y claras.

Alegría en el cielo
que parece tan ingenuo.

La sombra de las casas
sobre las piedras de las calles
es de un azul obscuro y vago,
y tan exagerado
como lo pintan en los cuadros.

Un rayito de sol,
con infantil regocijo,
cae sobre mi mesa
e ilumina mis libros.

Parece que yo devuelvo a las cosas
la alegría que de ellas recibo.
Y siento que con la mañana
yo también he amanecido.

XIII

Humilde serenidad
que la vida me regala,
te quiero como se quiere
a una hermana.

Al través de tí veo las cosas
de acuerdo con mi lógica.

Y siento la vida sosegada
como si caminara
por una vereda provinciana.

El pasado dolor me ha dejado
sal de tristeza en la boca,
que hace que las palabras
sean más armoniosas.

Tengo un perdón muy suave
como el de un convaleciente

para la humanidad,
y para su alegría,
y para su maldad,
y una buena sonrisa
para el viejo querer
que va caminando ya muy lejos
para no volver.

Y amo la monotonía
de mi vida cotidiana,
como si ella formara parte
de lo que hay en mi casa...

Y en la caja en que guardo
cartas viejas y flores marchitas
sin emoción y sin luz,
se presiente el suicidio
de una juventud...

XIV

A veces siento deseos
de ser un fracasado
en la literatura
y no poder producir,
y ser un muchacho canalla
muy irónico
y muy sutil.

Yo sería elegante y displicente
en mis gestos exteriores.
Sonreíría a mis compañeros
como un hermano mayor
que mira la cosas de arte
con risueña desilusión.

Me gustaría vestir bien,
y tener sprit,
y decir chistes amargos
y saber sonreír.

A veces me parece algo plebeyo
esto de producir y producir...
Ignorando que habría un fracaso
en mi arrogante juventud,
algunos me preguntarían:
—¿Has escrito algo, tú?
Y yo respondería:
—Ahora tengo un tema,
pero no he hecho nada;
esta pereza...

Y llegaría a mi escritorio
—mi escritorio sería
elegante y femenino,
con sillones cómodos
en donde yo hojearía
los últimos libros...—
y ante mi mesa de trabajo
haría esfuerzos tristes
por desarrollar un motivo;
y sólo escribiría
sobre el papel rojizo y fino,
dos o tres frases llenas
con el temblor extraño del espíritu...

Y después conversando
con dos o tres amigos,
nombraría desdeñosamente,
a sus autores favoritos:
—Eça de Queiroz,
Baudelaire
me cansan, se repiten,
pero están bien...

XV

Debe ser un gran placer
desertar,
renunciar...

Y despedirse para siempre
de la batalla de la vida,
y marcharse calladamente
por la propia senda escondida.

Y ser un cualquiera
silencioso y vulgar...

Y conocer a otras personas,
y vivir en otras casas,
sin contarle a nadie
nuestras desgracias.

Arrojar a un lado
nuestros sueños...
la juventud luminosa,
y el éxito...

Y llevar en el espíritu
como una melancolía
muy dulce y resignada,
la conciencia de haber podido ser
y no haberlo querido...

XVI

Estos versos míos
están llenos de mis horas.

Han destilado sus palabras,
una por una,
de mis meditaciones solitarias.

Son las confesiones sangrientas,
rudas y ásperas
que hace mi mundo interior.

Mundo de carne triste
y de frialdad canalla,
que está viejo
y es irónico
y apenas habla...
En estas sucias páginas
nadie me conocerá...

Yo en mi interior me veo
como un viejo sensual,
voluptuoso y canalla;
que derrocha el dinero
por deslumbrar a los demás,
y es egoísta y le duelen
los éxitos ajenos.
Y es pretencioso y vanidoso
como una mujer.

Y los hombres no sabrán nada.
Porque en estas páginas sucias
nadie me conocerá.

XVII

Días nublados,
melancólicos, largos....

Las ventanas de las casas
están cerradas.

Hoy por primera vez
me ha parecido triste y ridículo el naranjo
plantado en el centro del patio.

Hacemos las cosas por costumbre
y sin pensar en ellas.

Pensamos en otras cosas
que no sabemos qué cosas son.

Yo me siento más solo que nunca,
y me cuesta salir de casa,
y abrazo con más ternura a mi hija
y respeto más a mi madre...

Tengo un temor extraño.
Pienso en otras cosas...

Melancólicos, largos,
días nublados...

XVIII

He estado enfermo;
y hoy he sentido que serenamente,
en mi ánimo y en mis miembros,
ha llegado la convalecencia,
como una monja joven
que llegara en puntillas a la pieza,
y tuviera los ojos claros,
y fuera triste y buena,
y sonriera...

Hoy he despertado
como se despierta
de un largo
letargo...

Y parece que el alma se despereza,
y me doy cuenta por primera vez,
de mi enfermedad,
y de que he estado mal.

He abierto los ojos
y encontrado la pieza en la penumbra
una penumbra muy suave
que yo no había visto nunca,
y en la cual el silencio
parece que se endulzara...

Y veo que todas las cosas
están en actitud de guardar silencio.
Detrás de las puertas entornadas
presiento el sigilo
con que guardan mi sueño.

Cerca de mi cama
están las costuras de María.
Ha estado tal vez
cosiendo un rato nubes
mientras yo dormía.

En todas partes
en donde pongo las miradas
encuentro que las cosas
son suaves y blandas...

Cuando se dirigen a mí,
las palabras de todos
tienen inflexiones fraternales;
y ahora que me ven mejor,
hay una alegría callada
en el fondo de sus palabras.

Cuando llega la tarde
una mansa tristeza

cae en el dormitorio;
y sin decirme nada,
a esa hora,
nunca me dejan solo...

Hoy es día domingo
y está atardeciendo;
yo desde mi cama,
por la ventana miro el cielo.
Un cielo desteñido,
sobre el cual a veces trepa
saltando un volantín,
hasta ir a enredarse
en los alambres telefónicos
y quedar preso, roto...

Y ese pequeño accidente,
lejano e infantil,
me causa una ingenua tristeza
tan tenue que apenas la puedo sentir.

Por la ventana
veo las ramas
de los naranjos,
y diviso vagamente,
chimeneas y tejados,
borrosos,
lejanos...

Aquí en mi pieza
se siente el silencio
de todo el barrio.

Y en la quietud de esta tarde
melancólica de domingo,
hay una tristeza que dice
que los niños han salido...

XIX

Yo que he soñado tanto
con llegar a vivir
una vida plena de serenidad,
una vida callada,
cómoda y feliz;
siento a ratos la necesidad,
como un goce sutil,
de fustigar mi corazón
con cosas que le hacen sufrir.

La tarde me enferma,
y por eso la busco,
porque soy un vicioso de tristeza.

He salido de casa
sin deseos de salir,
y me he echado a andar
por callejas que son
hostiles a mi espíritu...
Llevo como un orgullo
el poderoso encanto
de no entenderme a mí mismo...

XX

La tarde es luminosa.
Parece que las casas
están alumbradas por dentro.

La paz es armoniosa
como un verso sincero.

El cielo exalta su azul
en un supremo encantamiento.

Mis ideas vuelan sencillas
en el aire sereno.

No hablo, pues creo
que las palabras tendrían
un sonido estridente y hueco.

No quiero nada,
no oigo nada.
Miro el paisaje,
la tarde y la luz,
sin respirar.

No me atrevo
ni siquiera a moverme,
pues me parece que rompería
el cristal de este momento.

LOS MOMENTOS LIRICOS

DEL GRATIA VATES

Sobre estas rudas y ásperas pampas, sobre estas duras calvicies de la tierra, que aún están oscuras de vigor y barbarie; sobre estos ardorosos picachos de pujanza y rebelión, gloriosos de altura; en todos estos gestos grandilocuentes en que la vida funde sus palabras ardientes de potestad; en todos estos fieros montones de energías, por donde se arrastran los ciclones y los siglos; en todos estos suelos caldeados de ambiciones; en todos estos ilusionados campos aún incultos, tú, poeta y guerrero de esta edad fragorosa, has de ser el primero en abrir el camino amplio, cálido y puro, para que se derrame la pasión del futuro!

Flor de raza y de época, que estás, con tu bondad, sentado en los rodillas de la inmortalidad, no debes apagar tus sólidos pensares bajo la indiferencia de estas noches polares... Pasa soberbiamente sobre estas multitudes que están petrificadas de inútiles virtudes, y solamente piensa, cuando quieras hablar, que te escuchan los cielos y la tierra y el mar...

Cuando tú hablas dirígete al tiempo, que él te escucha;
y no tomes tu vida como una simple lucha
por desnudar el éxito. La gloria eres tú mismo,
por tus labios dialogan la cumbre y el abismo,
y sólo se realiza tu glorificación
el día en que tú llegues hasta tu corazón!
El poeta no alcanza otras glorias más puras
como cuando se funde con sus propias alturas.

Sé moderno y arcaico, y siempre indiferente
a la garra dorada y débil del ambiente.
Sé un vencedor de todo. Que tu corazón sude
éxitos. Que la época vibrando te salude,
pero tú no saludes a la época. Pasa...

Y cuando un día sientas que la canción te abrasa,
acuérdate que el mundo y que la vida gira,
y que todo el futuro, en silencio, te mira...

¡Un poeta! Son vastos milagros condensados
en un hombre. La lógica de los apasionados
átomos de la tierra, que tienen la armonía
de un engranaje pleno de la sabiduría
total del universo; la muda maravilla
de la futura gracia que duerme en la semilla
de las flores; la espada del viento que fustiga,
sobre todo lo alto—cumbre y luz—su cuadriga:
las febriles quietudes de las germinaciones
primaverales, que arden como palpitaciones
del amor de la tierra; la alegría dormida
del camino que lleva a la cumbre, encendida
de prestigio de altura; todo lo que es fragancia,
de imperio, luz de éxito, principio de arrogancia;
todo lo que levanta sus glorias terrenales
sintiendo un soplo áspero de cosas inmortales;
Todo está en el silencio de la caverna inquieta
de aquella fortaleza hecha hombre: un poeta.

Ha de ser formidable, soberbio y multiforme
como la tierra, y como ella duro y enorme,
Su palabra sabrá el pentagrama entero,
Alegre, triste, loco, hondo, fuerte, altanero.
Pues aquel que repite un cantar pensativo
no es poeta. Es un simple rimador de un motivo.

El poeta ha de ser como una llamarada
de la vida; que cada desilusión y cada
embriaguez, halle en su alma la justísima nota
del regocijo interno y de la ilusión rota.

¡El poeta ha de ser un total de atributos!
A mí se me figura que los hombres astutos
de otra edad, al formar sus rancias religiones
adornaron a Dios con los copiosos dones
de algún poeta antiguo, que además de poeta,
tenía algo de apóstol, de centauro y de atleta!

Está obligado siempre a vencer de algún modo
a sentirse más grande y a triunfar sobre todo.
Que se ponga de pie frente a las fieras cumbres,
y seguro el espíritu sobre sus fuertes lumbres,
les diga: ¡Soy más alto! Y frente al mar inquieto
le diga con voz sólida, a manera de reto:
¡Soy más soberbio! Y frente al cielo que se expande
como un sueño, que, audaz, le diga: ¡Soy más grande!
Y ante la multitud bulliciosa y airada,
que pase altivo y solo, y no le diga nada...

Sobre todas las castas está su aristoeracia.
Dios le puso en la frente esplendores de gracia,
y en sus venas volcó sangre de Emperadores.
¡Que el orgullo bautice sus palabras mejores!

El poeta es la flor magnánima y robusta
de la raza y del siglo. Que su ardorosa fusta
caiga como un desprecio sobre el instinto humano,

Júpiter con un haz de rayos en la mano
no sería más grande ni más soberbio. El cielo
es grande porque El lo mide con su vuelo.

En el corral los cerdos contemplan el despierto
y prodigioso vuelo del águila.—Es muy cierto,
dicen, que vuela bien, pero es una locura
dejar el campo cómodo por ir así insegura
por los aires... Nosotros si tuviéramos alas
jamás nos lanzaríamos al aire, pues son galas
inútiles. Y el águila que va sobre la sierra,
piensa, mirando el sol: ¡Qué pequeña es la tierra!....

¡Águila de ambición, sedienta enamorada
de las estrellas, quiebra la ráfaga caldeada
con el golpe de tu ala siempre audaz. Tu silueta
se destaca en el aire enigmática y quieta.
Sureas serenamente los cielos de esmeralda
pues sabes que ellos mismos te defienden la espalda!

Águila iluminada, que en las horas rojizas
de las tormentas crueles, vuelas y divinizas
el cielo con tu sólido símbolo de leyenda.
Cuando vas descendiendo pareces una ofrenda
que hace el cielo a la tierra; y cuando audaz escalas
la vanidosa altura, parecen tus dos alas
banderas alumbradas de libertad. Arriba
tu vuelo se despliega como una idea altiva!

A veces te obsesionan los más bajos montes
y te echas a volar perforando horizontes,
y entonces dicen todos los cerdos del corral:
¡Ya estará moribunda el águila imperial,
este es el resultado de aquellas correrías!

Y quedan satisfechos. Después de muchos días
 el águila regresa, firme, altanera y loca,
 añaladas sus garras y su pico en la roca,
 ¡Volvió, dicen los cerdos, el águila imperial!
 Y el águila mirando que todo rueda igual,
 que el corral no ha cambiado ni ha cambiado la sierra,
 dice, mirando el sol: ¡Qué pesada es la tierra!

Flor de locura, carne de pasión, encendida
 saeta enclavada al fragor de la vida,
 tú aplicas el oído a la tierra y escuchas
 cómo se van labrando las santísimas luehas
 de la naturaleza, al amor de la tierra...
 ¡Amor de madre sana y robusta, que encierra
 las inmutables fórmulas de aquella geometría
 celeste que dirige, a espaldas del día,
 la carrera consciente de los astros... Oyendo
 cómo se desenvuelve el silencioso estruendo
 de la fecundidad de la tierra bendita,
 tu frente se emborracha de luces, y meñita
 en la vibrante caja de música del mundo,
 donde sólo el calor de un empuje fecundo
 y único, distribuye la luz de las estrellas
 y modela las nubes, que conversan con ellas,
 perfila las montañas y enciende la emoción,
 y es dentro de las grietas de nuestro corazón,
 piedad, amor, orgullo, grises melancolías,
 humedad de ternuras y chispa de alegrías!

Poeta y Vida, cómo se comprenden! Qué intensas
 comuniones se abrazan en sus almas inmensas!
 El poeta trepando los lomos de la sierra
 grita ante cada cosa: ¡milagro de la tierra!
 Milagro de la tierra, el rosal hecho rosas;
 milagro de la tierra, las brisas presurosas
 de la tarde ¡milagro de la tierra!, el bosqueje;
 milagro de la tierra, el picacho salvaje
 donde el águila altiva triunfa y cueiga su nido;

milagro de la tierra, el espejo dormido
de los estanques viejos bajo la tarde amiga;
milagro de la tierra, la pasión de la hormiga,
que da un ejemplo enorme con su esfuerzo minúsculo;
milagro de la tierra, el viento del crepúsculo
y la canción de amores que por los campos yerra,
y el alma que la escucha, milagro de la tierra!

Y el poeta percibe una inmensa ternura
por la tierra, la madre amantísima y pura,
que con su carne firme y morena, amamanta
todo lo que palpita, o se estremece o canta;
rosal o riachuelo, montaña o mariposa:
tiene el mismo valor la cumbre que la rosa...
Y el poeta derrama sus palabras mejores
sobre la tierra, madre de todos los amores!

El poeta en su afán de ver la humanidad
a veces con su fardo descende a la ciudad,
donde las vidas locas se empequeñecen, donde
la avaricia gitana su tentáculo esconde
para cazar mejor; en donde los amores
detrás de las ventanas se mueren con las flores,
y se amasa la sombra con lumbre de dinero,
y hay duques del carbón y reyes del acero,
en donde desfallecen de anemia las ideas,
y el humo que respiran las viejas chimeneas,
empaña la durmiente beatitud de los cielos
¡Hasta los cielos manchas con los sucios anhelos
que sudas brutalmente, humanidad!

Hasta ellos
pierden sus prestigiosos y pascuales destellos
con el vaho que sube de tu cuerpo afebrado
de ambición. El poeta mira y queda hermosado
de silencio. Medita. Y su meditación
va sobre las pesadas redes de tu ambición
tal como una gaviota volando sobre el fango.

El poeta comprende la altura de su rango,
y apartando sus ojos del fragor del abismo
se deleita tan solo mirándose a sí mismo!

Pero despues se alumbra de una piedad inmensa...
Por su alma se desliza una humedad; y piensa
en los pobres esclavos de estos campos hirsutos,
y como lleva encima un total de atributos,
echa a volar sus albas brumas sentimentales
melancólicamente sobre los arrabales...
El candor de piedad de la cruz de la ermita
campesina, que reza, que canta y que medita
puerilmente sobre la égloga sencilla
del sonoro trigal que se estremece y brilla,
no existe en la ciudad. En ella la cruz tiene
un esplendor de espada que vence y que mantiene;
Jesús en la ciudad es fuerte y cobra rentas,
administra sus bienes y sabe llevar cuentas,
y como está contento de su positivismo
se olvida de su lírico y arcaico socialismo...

Y el poeta prosigue por las sucias callejas...
Calles convulsionadas, retorcidas y viejas
en donde los amores no tienen un retiro
con un poco de cielo donde vuele un suspiro...
Calles sin sol, en donde las tragedias nocturnas
se arrastran como brujas negras y taciturnas,
y aprietan las gargantas de las hembras perdidas
y enamoradas... Calles de gentes homicidas
que hacen pensar que nadie que vive allí proyecta
o sueña. Calles turbias de alma torpe y abyecta
como vicios ocultos. Calles sucias y faltas
de luz, por donde nunca pasarán cosas altas
y nobles. Calles grises en donde nunca hay citas
de novias, ni tampoco dulces fechas escritas
en las paredes. Calles que viven con recelo
y como avergonzadas de que las vea el cielo...

El poeta comprende que está completamente solo. Que es la ciudad un anillo candente de miserias. Un cauce de inquietudes. Un río de fracasos. Comprende que en el gesto sombrío del hombre ya no queda nada de la belleza que mamara en los pechos de la naturaleza. Que en la ciudad está el cielo más lejano, y que en su mente llora todo el fracaso humano. Que en la ciudad se abrazan las mansas amarguras de las generaciones pasadas y futuras. Apretada, podrida, melancólica, rota, parece un campamento después de la derrota. Y El la mira en silencio! Y tiene una actitud de abuelo mitológico ante una multitud prehistórica. Solo!

Pero escuchando atento, el poeta percibe que el cordaje del viento trae voces. Calientes palabras de la sierra que tienen la alegría del olor de la tierra. Un saludo florido de la tierra al poeta. Y entonces El se alumbra de una albura secreta, y sobre los humildes orgullos terrenales pronuncia estas enormes palabras inmortales: —Soy como el agua! Tengo su gracia y su verdad. En mí tiembla la fórmula de la fecundidad. Mi fe sabe el sistema de los acontecimientos y mi mano conduce las riendas de los vientos. Como el agua! La sangre de mi corazón sube con calor de plegaria hecha de incienso y nube a la altura, y desciende, en agua de piedad y de revelación, sobre la humanidad. Mi espíritu se forma de una suma de amores. El orgullo bautiza mis palabras mejores! Y por las tempestades solemnes de mi voz bajan ráfagas cálidas, pregoneras de Dios!

ODAS GERMANAS

ALEMANIA

Loca y fuerte Alemania, sabia y alta Alemania,
firme y dura Alemania como una convicción,
cada vez que se grita el Deutschland über Alles
se hace más ancho el cielo para oír su clamor...
Loca y fuerte Alemania, rubia y alta Alemania,
altiva primogénita de los genios y el sol,
todavía fragante de leyendas selváticas,
bendita por la tierra, bautizada por Dios,
hoy vuestro nombre es una bandera desplegada
bajo el golpe del áspero viento del Septentrion!

Si en un tiempo distante
vuestros cisnes lejanos se tornaban en príncipes,
y en otro tiempo Werther de querer se mató,
y una tarde Beethoven murió de melodías,
y de genialidades Nietzche se envenenó;
hoy que medio hemisferio se obscurece de sangre
y se levantan vientos llameantes de rencor,
y el incendio y la ruina borran los caseríos,
y se alzan las palabras épicas del cañón:

fundisteis vuestras santas campanas milagrosas,
dejásteis el arado y el yunque y la canción,
y el Deutschland über Alles lo arrojasteis por sobre
las diez y seis naciones que se alzan contra vos.

Hoy, Alemania fuerte, sabia, rubia y altiva,
visitáis las trincheras y aplaudís el valor,
usáis casco de bronce, habláis con gesto sobrio,
y os proclamó princesa del aire la aviación;
La Alsacia y la Lorena son vuestras; ya Varsovia
las llaves de su puerta heroica os entregó,
Lieja cayó vencida, pisáis tierra francesa,
tenéis nombre arrogante: Guillermo Emperador.

Alemania, Alemania, palanca de la tierra,
sol de las razas, óleo de civilización,
os niegan el espíritu porque la fuerza es vuestra,
Alemania, Alemania, vos sabéis quiénes son,
opresores de boers, pajes de Carlos Quinto,
siervos de Pedro el Grande, nietos de Napoleón...

Y diez y seis naciones sostienen en sus hombros
los mármoles de vuestro monumento de honor.
Medio hemisferio os odia, medio hemisferio os ama,
;Por vos se ha dividido la esfera, Emperador!

II.—CONTRA EL MUNDO

Alemania, Alemania, fuerte y altiva cumbre
de un sueño sobrehumano que ya reventó en flor:
águila bajo cuyas
alas abiertas, caben hoy
todos los cielos europeos
del sur al septentrión!

Alemania, Alemania; como los cazadores
van encerrando al león,
en tu propia región quisieron encerrarte
¡a tí, que ya no cabes en tu propia región!
Y contra tí, se vino confabulado el mundo,
y entonces tú te erguiste magnífica: Aquí estoy!
Nunca grito de guerra más grande oyó la tierra,
ni con tanta arrogancia el guante se arrojó:
como cuando el águila abrió las alas
y el Canciller alzó la voz:
—¡Aunque el mundo esté lleno de demonios, Germania
vencerá, manteniendo su puesto junto al sol!

Y fuiste contra el mundo!
Bismark se puso al frente de tu Estado Mayor;
Wagner soplabá en todas tus trompetas guerreras,
y un millón de Walkyrias ensordeció la selva
con su galope épico y feroz;
Y de los cuatro puntos cardinales vinieron
hombres a combatir contra tu Emperador;
hablaban de justicia, libertad, cristianismo,
igualdad, democracia y civilización,
pero, inmutable, tú tal como un fatalismo
a todos contestabas
una sola palabra mucho más alta: ¡Dios!

Y comenzó la épica jornada,
como una apocalíptica visión
de una edad prehistórica
de la que se perdió la tradición.

Campos de Luxemburgo, territorios de Bélgica,
Pantanos Mazurianos, ya que vosotros sois
como las grandes puertas del Imperio, y que visteis
hace más de tres años pasar a los húngaros
a batallar por el honor,
oiréis cómo cantan

en tierras extranjeras el Deutschland über Alles,
el Deutschland über Alles en tierras extranjeras
¡y parece una bandera esa canción!

III.—TANNENBERG

Anibal, descorriendo los silenciosos pliegues
de su sueño de siglos, se levantó a mirar...
Los lagos Mazurianos hervían de cadáveres
bajo un áspero y frío viento crepuscular...

El Feld-Mariscal, fuerte, solo, pensaba. El águila
de su casco elevaba su perfil imperial,
destacándose sobre el ocaso violeta
¡el ocaso más trágico de la Prusia Oriental!

Alejandro, asomándose a espaldas de la historia,
preguntó al siglo estremecido por las batallas; ¿Es verdad?
Y un artillero moribundo le respondió tan sólo:
—Señor, es alemán.
Desde la lejanía llegaron claridades
épicas. La cabeza volvió el Feld Mariscal,
como si regresara de un largo sueño ardiente.
El águila del casco parecía volar.
¡Llegó el Emperador! El silencio solemne
de ese momento único no era de nuestro siglo.
Pertenece íntegro a la posteridad!

Guillermo avanzó. El viento de la tarde
hacía ondear su capa levemente. Una paz
de altísimas tragedias soplaba sobre el campo.
Guillermo avanzó solo, sentía la quietud
de los grandes momentos de la historia. Las manos
se estrecharon. ¡En nombre del Imperio, salud!

El sintió en ese instante que setenta millones
de almas lo saludaban en el saludo aquel,
que Alemania vencía sobre toda la tierra,
que era dueño del mundo. ¡Y Alemania era él!

Tal como en otros años, iban de boca en boca
las melancólicas leyendas de la Alemania Medioeval,
y florecían los milagros, y hacían luz los imposibles,
mientras ardía—¡loca lámpara de inverosímiles fulgores!
la fantasía popular;
hoy otra fábula más grande atravesó de extremo a extremo
el corazón de esta Alemania romántica y monumental,
fábula loca de este siglo,
épico ensueño de esta edad,
que tú ya has bautizado en Tannenberg
con agua y sal de realidad...

Medio millón de moscovitas cayeron bajo tu metralla
que caer tienen todavía muchos millones, muchos más,
caerán pueblos, razas, reinos,
y más aún, si es necesario
caerá media humanidad,
caerá el mundo todo, pero
—yo no sé cuando; ¡un día!—sobre la Europa viva o muerta
una mañana ha de pasar
triumfante sobre todo el mundo, ¡el águila
de tu casco, Mariscal!

IV.—U. DEUTSCHLAND

Alegre, intensa y luminosa
es la mañana en Baltimore!
Hay pájaros marinos dispersos por el cielo
y las aguas azules espejean al sol!
Por entre los cordeles de los barks dormidos
pasa cantando un loco viento madrugador!

A lo lejos se pierde, borrado y melancólico;
como en una acuarela, el humo de un vapor...

Alegre, intensa y luminosa,
es la mañana en Baltimore!

De pronto el mar se rompe en un vuelo de espumas,
el oleaje se encrespa con un nuevo ramor,
y la torre de acero desde el fondo del agua
surge: ¡Salud América, aquí también estoy!
Y cuando por el puerto pasó un clamor enorme,
de algo que es a un tiempo duda y admiración,
se levanta una loca bandera por el viento
¡por el viento de América!
que parece decir rotundamente: ¡Yo!
Es la misma bandera que en los campos de Bélgica
sobre la tierra hostil y áspera se clavó;
la que flamea altiva sobre el viento de Francia,
la que domina en Rusia, la que pasó por Servia,
la que se alza en Rumania como una afirmación,
la que en los Dardanelos ante las tres escuadras
lanzó su imperial ¡Nó!

Es la misma! La misma que llevan los hulanos
en nombre de su patria y de su Emperador,
desplegada en el viento
tal como un pensamiento de todo el batallón,
la misma que ha cruzado los cielos europeos
heroicamente, sobre la máquina de Wolff;
es la misma, que hoy surge del fondo de las aguas,
y se alza desplegándose por el viento de América
para decirle al mundo rotundamente: ¡Yo!

LOS MOMENTOS VISIONARIOS

I—PRESENTIMIENTO

En las noches me muerden pesadillas enormes
Veo, bajo el pavor de mis pobres sentidos,
lunas verdes que arrastran satélites deformes
hacia trágicos y hondos cielos desconocidos.

Y allí, donde se apagan los reflejos inciertos
de un sol nocturno y rojo, se levantan extrañas
nebulosas, en donde duermen los mundos muertos
llenos de polvo, y llenos de telas y de arañas.

Vuelan por esa atmósfera negra de pesadillas,
pensamientos con alas membranosas y oscuras
de murciélago, y tienen pupilas amarillas
con signos que presagian las desgracias futuras.

En esos cielos hondos y negros, hay escritos
antiguos jeroglíficos y números sagrados,
en donde están en síntesis los años infinitos
de todos los futuros y todos los pasados.

Arriba, en el inmenso absurdo de la nada
siete lámparas queman nuestros sueños mas puros,
y arrojan una blanca humareda sagrada,
que es la Vía Láctea de los cielos futuros.

Sobre esa polvareda de estrellas armoniosas
galopan tres centauros plenos de luz y gracia,
en sus pechos dorados hay tres cifras radiosas
que son tres luminosos simbolismos del Asia.

Y por todos los lados se alzan las lejanías...
lejanías fragantes de paisajes sin fondo,
lejanías alegres, lejanías sombrías,
y lejanías trágicas del cielo rojo y hondo...

Nebulosas informes de colores extraños
que no tocan jamás las alas de los vientos,
y que se levantaron hace millones de años
de un derrumbe monstruoso de viejos firmamentos.

Nebulosas violetas que suben a la altura,
y que en su vientre llevan lentas palpitaciones,
donde está despertando la nueva arquitectura
que ha de regir un día nuevas constelaciones

Abismo en donde caen los malos pensamientos,
y la noche a su sueño los párpados entrega,
y las rojas raíces de los actos violentos
se hunden en el sopor de la materia ciega.

Abismo donde cantan las eternas sirenas
de todos los más rubios espejismos humanos,
y arrastran a los barcos en las noches serenas
al peligro glorioso de los mares lejanos

Después la visión queda más turbia y más lejana
Vuelvo de un largo viaje con el alma rendida.
Abro los ojos... Entra el sol por mi ventana
cantando locamente la gloria de la vida.

II.—EL LLAMADO

Crepúsculo. Altura. Comienzo de estío.
Lejos de mí mismo contemplo el paisaje.
Sufro un dolor nuevo que antes no era mío,
y que es como vagos deseos de un viaje...

Una poesía de misterio ofrece
y ofrece a los hombres sus locas escalas;
el cielo está ahora más grande, y parece
que al alma bohemín le crecieron alas....

¿De dónde ha venido esta poesía?
¿De qué octavo cielo bajó esta emoción?
¿De dónde ha surgido esa lejanía
hecha de imposible y alucinación?

¿Por qué melodioso camino celeste
llegó este milagro de luz que me asedia?
¿Y de qué planeta se habrá volcado este
crepúsculo enorme de oro y de tragedia?

¿De dónde viniste, poesía loca,
loca como el alma y como el amor;
que pones silencio de gloria en la boca,
en los ojos llanto y en el pecho ardor?

¿De dónde viniste tan honda y tan triste,
trayéndome un soplo de la eternidad?
¿De dónde viniste, de dónde viniste
hasta el heroísmo de mi soledad?

La siento, la siento... Es sed de químera,
ansia de ver cielo, hambre de subir,
y una valentía como si tuviera
en mis pobres manos todo el porvenir...

Son presentimientos que saltan de día,
pesadillas que arden en la obscuridad;
es algo que nace de la vida mía
que está transparente como la verdad.

Una voz me dice que he de hallar desnuda
la verdad celeste de la creación,
y he de hallarla en donde se duerme la duda
y se abren las alas de mi corazón.

De los hombres vivo lejos, lejos, lejos...
Me extrañan las fórmulas de su actividad,
y sus alegrías de tonos tan viejos,
y sus claroscuros de sensualidad.

Algo enorme y bello se entrega solemne
a todas las almas que quieren oír,
es gracia inmutable, es lumbre perenne,
es ritmo y estrella, cumbre y porvenir.

Las dos alas locas de la vida mía
se están desprendiendo de la arcilla impura,
y el corazón lírico se agita y ansía
la altura, la altura, la altura, la altura!

III.—LA PRIMERA VISION

Fué un sueño doloroso. Lo sintieron las estrellas intactas y armoniosas pasar sobre su asombro. Fué un lejano soplo de eternidades pavorosas que pasó como una ala de locura bajo mis pobres párpados. La luna santificó los anchos panoramas y las luces astrales de mi sueño; el sol doró sus fuerzas, y el inmenso mar le entregó su enigma augusto y triste. Yo iba por un camino de luz, lleno de una gracia ondulante, como el verso de una égloga. Un gran silencio lírico parecía venir del horizonte, besar el campo y bendecir el agua. Se conocía que en aquel silencio no había resonado una palabra desde la creación. El aire estaba virgen de todo ruido. Y parecía que los cielos estaban más serenos que lo que están los cielos de la tierra. Yo caminaba, caminaba... Nunca he podido seguir un derrotero.

con más fuerza interior. Era una idea en marcha. Un pensamiento definido en acción. Era aun más. Era una enorme convicción que caminaba. Me parecía que estaba el destino durmiendo mis momentos no nacidos bajo la línea de aquel horizonte. Aquel camino no tenía término. Era como un deseo que se alargaba, se alargaba siempre como un gran brazo escuálido tendido con ansias de coger el horizonte. Yo seguía, seguía. Pero el tiempo no avanzaba. Es que el tiempo no existía. Después que los paisajes se arrastraron detrás de mis espaldas, y el camino quedó como disuelto en el silencio, llegué a un punto en que se abrió la senda en dos sendas iguales, que partían juntas las dos, pero que poco a poco se iban separando en la distancia. ¿Cuál de las dos tomar? Quedé un momento meditando. El silencio era más grande, tal como si los cielos y la tierra se hubieran detenido unos instantes para escuchar mis luchas interiores. El paisaje tenía aquel gracioso encanto de los niños cuando escuchan. Y sin saber por qué, tomé el camino que se abría a mi izquierda. ¿De qué estrella vienen esos arranques de los sueños? Eché a andar con aquella luminosa seguridad del agua cuando avanza. El paisaje seguía acompañándome con su gracia total. Es la belleza silenciosa mujer de ojos profundos que sabe hacer callada compañía.

El silencio seguía inmenso y claro;
era un silencio parecido al cielo.
Yo, mientras caminaba, discurría.
En el fondo de luz de este silencio
germina el ritmo milagroso y alto
del universo, y sueña la armonía
de las montañas y de las estrellas.
En él está la síntesis radiosa
de aquella geometría eterna y única
que ha dispersado las constelaciones
y ha regido la humilde arquitectura
de nuestras flores y de nuestros versos.
Era el silencio que debió sentirse
en los primeros días de la tierra,
cuando por sobre las montañas vírgenes,
pasaban todavía presurosas
ráfagas de mareas y de vértigos
que eran las ráfagas de Dios. Tenía
un aire tan augusto y tan solemne
que parecía un gran silencio anciano
nevado de unas cumbres inmortales.
A medida que andaba, poco a poco
el camino se hacía más augusto,
tal como si hasta aquellas lejanías
llegaran pocos hombres. El paisaje
se iba borrando misteriosamente,
así como se borra en el espíritu
un panorama interno, bajo el ala
callada y polvorosa del olvido.
Y cuando ya la senda se perdía
entre la yerba humilde y amarilla
—vieja pompa de otoño—, de improvviso
surgió ante mi una choza miserable.
Ya se habían borrado los paisajes
y se había perdido el horizonte.

IV.—LA MATERIA

¿ De qué satélite nocturno,
errante extraño y taciturno
como una luna de Saturno,

cae la luz que se derrama
en forma de una absurda llama
por el deforme panorama

de nuestros sueños? ¿Qué planeta
manda su rayo ultra violeta
hasta nuestra alma que se inquieta

por todo aquello que no sabe,
y abre las alas como un ave
para entregarse al aire suave

con una angustia de proscrito,
y lanzar, muda, al infinito
una pregunta que es un grito?

Estuve un rato frente a frente
a la cabaña, dulcemente
batida por un viento ardiente,

sensual, obscuro, agrio y pesado
como un gran viento de pecado
que regresara del pasado.

Y con la mano izquierda incierta,
temblando, abrí la tosca puerta
que nunca había sido abierta.

Con paso tímido, inseguro,
entré afirmándome en el muro.
De adentro vino un viento obscuro.

Y me hallé frente a una anciana
que en su mirada hosca y lejana
escondía una caravana

de hastio, tedios y pavores.
¡Amargos ojos sufridores
que me clavaron sus dolores

en mis sentidos terrenales
como se clavan los puñales
de nuestros odios inmortales!

Y su voz vieja y fatigada
me dijo:—Has hecho la jornada
por esta senda codiciada

de la materia. Otro camino
hubiese sido miel y vino
para tu sed de peregrino;

te hubiera dado la florida
sabiduría de la Vida,
que cuando llega enardecida

no la podría yo apagar
con la gran sombra que he de hallar
bajo la tierra y sobre el mar!

V.—INTERMEDIO DEL SOÑADOR

En el campo desnudo y florecido
la tarde es más inmensa y más sincera.
La tarde es mía porque yo he sentido
como si el corazón la recogiera.

Sobre el camino suave se ha dormido
ondulante como una cabellera,
y humildemente yo la he recogido
—emoción y paisaje—toda entera.

Ya la ciudad lejana se ha borrado
como un juguete inútil y minúsculo
con sus torreones fuertes y soberbios.

Triunfó la noche, pero se han quedado
las primeras estrellas del crepúsculo
titilando en el fondo de mis nervios.

VI.—LA SEGUNDA VISION

Y fué el segundo sueño. Se abrió ante mis pupilas la misma senda de amplias perspectivas tranquilas bajo el mismo silencio total, que parecía venir del horizonte y de la lejanía. Yendo por esa senda no recordaba nada de la noche anterior. Como si mi mirada se posara por vez primera en esa senda fragante con el suave olor de una leyenda. Ví el mismo cielo inmenso y hondo como un abismo cómplice del silencio y del misterio; el mismo enervante perfume de loca hechicería bajaba en la celeste sinceridad del día! Y anduve, anduve, anduve con mis meditaciones que en mi alma aleteaban como largas canchales, que en silencio y a solas, me cantaba a mí mismo. Y dentro de mi espíritu se iba abriendo un abismo, una altura terrible, una amplitud estupenda.... Pronto llegué a aquel punto donde la larga senda se abría en dos caminos cual dos ofrecimientos. Dudando, me detuve unos breves momentos. ¡Cuántos hombres se habrían detenido allí junto donde yo estaba! Cuántos en aquel mismo punto solitario, no habrían luchado horriblemente con esa dualidad que está siempre latente

en nosotros! Arranques de alegría y de altura,
y empujes de egoísmo y de miseria obscura.
A mi derecha, el áspero camino que trepaba
pleno de voluntad hacia la cuesta brava.
A mi izquierda el risueño caminito ondulante,
ofreciendo el misterio de un hechizo fragante.
Y a este me entregué, los brazos extendidos
con la sensualidad de mis cinco sentidos.
Y anduve, anduve, anduve hasta que este sendero
me mostró su miseria triste de pordiosero,
y vi, bajo los cielos lívidos y desiertos,
las aguas estancadas y los paisajes muertos.
Pronto llegué a la choza silenciosa y desierta,
y mi mano, temblando, tocó la humilde puerta.

VII.—LA EXPERIENCIA

Heme aquí frente a frente
a la anciana otra vez.
Cayeron toques de crepúsculos
sobre las aguas del recuerdo:
yo había visto aquella cara
hecha de tierra y de vejez
Y ella me dijo:
—Este camino
que fué ondulante y sugerente
como la voz de una mujer,
y que ofrecía un tercer cielo
de mirra, oro, incienso y miel;
fué una esperanza de los ojos,
una mentira de las manos,
un espejismo de la sed...
Este camino luminoso
como un futuro amanecer,
en cuyos bordes caprichosos
se repetían locamente los rubios versos del placer,
termina en esta pampa dura
llena de sombra y aridez.
Todo el camino ha sido inútil.
Tienes de nuevo, que volver.

Alza los ojos hacia arriba,
mira la vida cara a cara,
con una mística altivez,
que vaya tu alma siempre abierta
con la actitud que tiene un hombre
cuando está viendo amanecer...
Echa tus horas cuesta arriba,
contra los recios elementos,
por sobre el mal y sobre el bien,
tal como un pájaro errabundo
al cual los cielos le producen
una lejana y dulce sed...

VIII.—EL ÚLTIMO SUEÑO

Bajo la claridad del tercer sueño
tomé el camino silencioso y seco,
donde las agrias rocas se elevaban
en un negro ademán. El cielo inmenso,
—¡el cielo que es humilde y es de todos!—
se recogió hostilmente. Dolorosos
vientos de tempestad desordenaron
mis cabellos. Rumores agresivos
surgían desde el fondo de la tierra
como oscuras protestas. ¡Yo subía!
Dejaba atrás las rubias perspectivas
de la vida que canta versos nuevos
para nuestros sedientos corazones.
Recibía de frente los anónimos
zarpazos de la duda. El desaliento
parecía nevar...

Llegó la noche;
subieron las estrellas. Una ráfaga
de ambición sideral mojó mis ojos,
y puso en los guijarros del camino,
una ternura humana. Yo sentía
que las buenas estrellas me mandaban
unas palabras altas, que caían
sobre mi corazón, tal como caen

las hojas de oro del otoño inmenso
sobre una fuente humilde y cancionera,
que en la flor de sus aguas las recoge.
Poco a poco el camino se fué anchando
con la actitud solemne de una entrega
total. Las buenas piedras se ablandaban
humanamente, como si sintieran
pasar sobre sus lomos la callada
comprensión de mi espíritu.

Mas ancho

era el camino cada vez; más alto
el cielo, pero en la creciente anchura
del camino y del cielo, no cabía
mi admiración suspensa. Era mi espíritu
una plegaria viva... Yo sentía
la esencia de la tierra, la celeste
geometría del cielo, la profunda
arquitectura de la flor humilde.
El camino fué haciéndose tan ancho
que por fin sus orillas se perdieron
bajo el enigma de la lejanía
y me hallé caminando en un desierto...
Cruzando las arenas solitarias
y rojas del desierto, me detuve
mudo, de pronto, ante el milagro inmenso
de piedra y de silencio que seguía
ante mí. En sus ojos sin pupilas
dormían las tragedias de los siglos,
y en sus labios herméticos y duros
estaba el ritmo del saber oculto.
Del cielo desplomarse ví una a una
las palabras inmensas de la Esfinge.
Mi espíritu escuchó esa voz profunda
hecha de cataclismos y montañas;
voz que parece que llenara el tiempo
y que no cabe encima de la tierra.

IX.—EL VIAJE

El mineral dormita brutalmente. Un obscuro sopor muerde su carne de piedra, bajo un duro soplo de eternidad. Es un sueño completo, total. Y sin embargo hay un anhelo inquieto que con torpe causancio, se eleva de la tierra como una mano informe, que crispada, se aferra casi conscientemente a todo lo que sube: arranque de montaña o vuelo de la nube. ¡Quiere purificarse el mineral! Y anhela, y sufre, y lucha, y quiere ser el ala que vuela, el músculo que empuja, el ramaje que crece, o la flor—¡geométrico verso!—que reverdece... Pero el hombre, movido siempre en perpetua guerra, no escucha los solemnes deseos de la tierra. ¡Quiere purificarse el mineral! Corrientes de anhelos silenciosos y trágicos y ardientes, van, como ríos, bajo su corteza dormida. Después de muchos miles de siglos, esa vida se retuerce y despierta hecha una yerbecilla que un poeta—el Otoño—la coge en su amarilla tónica: y muere para transformarse en arbusto, y luego en árbol lírico, rumoroso y robusto.

Vuelan millares de años y el que era árbol un día
es animal ahora. Su voluntad sombría
y su alma informe guardan la triste y soñolienta
paciencia de la tierra. En su mirada lenta
lleva la pesadumbre de los árboles viejos.
Abre sus ojos grises y todo lo ve lejos...
hay nebulosas trágicas dentro de su alma bruta.
Sólo quiere vivir. No ve ninguna ruta.
Y sin embargo a golpes de experiencias sufridas
en silencio, presiente ráfagas encendidas
pasar por su cerebro. Es la mañana pálida
de la razón, brillando ante la vida escuálida,
pobre, triste, desnuda...

Bajo este dolor vivo
despierta una mañana un hombre primitivo
bajo una agria y oscura caverna...

X.—EL ESPEJO

Así como si el cielo
fuera un espejo,
y se fueran plagiando nuestras luchas
invertidas,
arriba;
las ascensiones trémulas
del espíritu son.

Las cosas de la tierra
son exactas antítesis
de las cosas del cielo.
Tal como el mineral
que siempre duerme,
sin la egoísta y dura
individualidad
de las plantas y de los animales...
así el Logos inmenso
está siempre vibrante,
con la suprema unidad
de lo perfecto y eterno.

Tal como los árboles
viven aún cogidos a la tierra
y son los primeros latidos
de un organismo informe;

así los espíritus superiores
antes de entrar al Logos,
viven a él aferrados
mientras se disuelven
los últimos andrajos
del moribundo yo...

Tal como los animales
desprendidos de la tierra
viven alejados del hombre
por la barrera infranqueable
del espíritu sediento;
así los grandes iniciados,
viven lejos del hombre,
que todavía no ha salvado
aquella valla.

En el hombre está el salto.
En él está durmiendo
la mitad del camino.
Para conocer la ruta verdadera
un instante tan solo
de lucidez le bastaría,
pero el hombre continúa
durmiendo todavía!

XI.—LA VIDA INTERIOR

Si eres superficial,
las cosas te serán superficiales
Y todo te será hondo y profundo
si en tu espíritu ahondas.

Mientras más tú penetres en tí mismo
comprenderás mejor
el íntimo sentido de la vida.
¡La vida es como nuestro corazón!

Profundízate siempre
con noble valentía,
y te parecerá que vas entrando
en el vientre del día.

Las leyes más pequeñas que descubras
en el fondo sin fondo de tu espíritu,
las verás en la tierra y en el cielo
y esparcidas por todo el infinito!

Los más leves movimientos de tu alma,
y los más suaves gritos de tu cuerpo,

responden a llamados de la tierra
y a grandes movimientos de los cielos.

Vive tu vida atentamente,
que es tu cuerpo la tierra,
y tu espíritu el cielo...
¡fíjate en las estrellas!...

LOS MOMENTOS FUGACES

Esas campanas que suenan
antes que empiece a amanecer...
Despertamos sobresaltados
con una angustia de no sé qué,
y esas campanas sonando... sonando...
y todavía no empieza a amanecer...

Fué en aquel loco verano
cuando te acababa de conocer,
e iba todas las noches al teatro
para poderte ver...
En el teatro charlábamos y reíamos
y después de la función
yo iba a cenar con los cómicos
y a criticar la interpretación
de "La Gran Vía", "La Trapera"
y otras zarzuelas más;
y reíamos con el goce
de la juventud cabal,
de las trasnochadas locas
y de la borrachera espiritual
de música y de coplas,
de versos y coñac
¡y tu recuerdo no dejaba
un instante de hacerme mal!

A las altas horas de la noche
salía del café,
con una borrachera, una tristeza
y un no sé qué.

Llegaba a mi casa, y en mi pieza
me volvía a asaltar el recuerdo
de esos ojos alegres y tristes
que me miraban riendo.

Y me dormía, y en el sueño
veía una confusión
de cómicos y coplas
y trozos de la función....

Y entonces me despertaban
sobresaltado... no sé...
esas campanas que sonaban
en una iglesia del barrio aquel...
Sonaban las campanas...
Sonaban pavorosas y lejanas...
y todavía no empezaba a amanecer...

II

Cómo me gusta a veces charlar a solas
con esas ineurables desencantadas
que suelen relatarnos cosas enormes
allá en sus confesiones dulces y cálidas!...

Uno que las conoce sólo de paso,
de saludo, de verlas en la ventana,
se extraña de sentir las tan hondamente
sinceras, y tan buenas y desgraciadas...

Casi siempre sucede que es un domingo en la tarde. Sólo hemos ido a su casa por un asunto urgente de la familia. Fuimos indiferentes, casi sin ganas.

Nos recibieron todos con mucho agrado. Luego espontáneamente nació la charla de lo más agradable. Se habló de todo para matar la santa tarde poblana.

Las personas mayores fueron adentro y hemos quedado solos con las muchachas, conversando de muchas cosas triviales ¡ocultando las locas corazonadas!...

Disimuladamente, una de ellas habla de un libro. De una novela rancia y sentida.—¿Le gusta?—Es hermosísima.—¿Y usted por qué no escribe ya casi nada?...

—Sí, escribo. —¡Vaya! Nos gusta tanto leer sus versos... Antes, siempre encontraba versos suyos en todas las revistas. Callamos. La tarde tiene un dejo de visionaria.

Y hablando de los versos y de las tardes, ellas nos van contando todas sus ansias y vuela una incurable melancolía sobre sus confesiones de provincianas.

Se fastidian. Se aburren en esa vida siempre igual, siempre a solas en la ventana, arrullando a los pobres corazoncitos al son de las pisadas de los que pasan...

El piano con sus valsos tan conocidos en un rincón dormita. Música mansa

que a veces colabora con sus espíritus
en urdir ilusiones inconfesadas...

Ellas, estas locuras no las dirían
a las otras muchachas. No saben nada
de estos duelos... pero los corazones
quieren sentirse afuera, con las palabras...

Y esas que siempre vimos buenas y alegres,
de pronto se nos muestran tristes y sabias,
hablándonos a solas bajo la tarde
de aquellas incontables desesperanzas...

De pronto al salón llegan otras personas.
Es tarde ya. Nosotros, muerta la charla,
nos despedimos. Y ellas se quedan solas
detrás de la tristeza de las ventanas...

III

Amarillean los ramajes,
hora el cielo su angustia,
y sobre mi callada pesadumbre
hora la pesadumbre callada de la lluvia.

Al través de los vidrios de mi ventana, veo
que las casas se mueren de sombra en la penumbra...
y siento que en mi alma se deshojan canciones...
¡las últimas!...

Estoy solo,
y hay en mi soledad tanta amargura!

Recuerdo a la mujer que quise y que me quiso
y siento que el recuerdo me perfuma

de un dolor de imposible que en mi espíritu
pone una enferma beatitud de luna.

Y tiemblo al recordarla
mientras llora la lluvia.

Ninguna como ella era tan dulce y triste,
y como ella me quiso no me quiso ninguna;
siempre había en sus ojos una humedad de llanto
tal vez por una pena que yo no supe nunca...

Llueve... yo la recuerdo, y al recordarla siento
un temblor venenoso de alegría y de angustia,
como el presentimiento de cosas hermosísimas
que han de sentir los niños cuando escuchan la música.

IV

Yo viví con los cómicos como con mis hermanos,
sorbí todo el veneno de la vida teatral,
y tejí las volutas de mis sueños gitanos
al compás de una alegre música de arrabal.

Arrastré mi vivir bohemio y visionario
entre risas de artistas y coplas de placer,
y tras los bastidores de un antiguo escenario
me miraron amantes dos ojos de mujer...

Ahora sobre mi alma vibradora, encendida,
ardorosa de música y enferma de soñar,
va rodando como una narración destefnida
la vida cotidiana, monótona y vulgar.

Veo sobre mis horas un resplandor de ocaso,
en mí se apaga el último acorde espiritual,

y un orgullo de artista ya presente el fracaso
silencioso, angustioso, venenoso, brutal.

Agonizan de olvido, como ensueños marchitos,
todos mis adorados talismanes de ayer;
sobre la estufa duermen mis libros favoritos
y un paquete de cartas que me envió una mujer.

Y pienso que mañana, yo el más loco gitano,
tal vez seré un anónimo pacífico, tal vez...
que leeré los diarios, me dormiré temprano
y tendré buena renta como cualquier burgués.

V

Cosas perdidas...
Memorias temblorosas y lejanas
que resucitan mansas y dolidas
con esa evocación de las campanas...

Recuerdos ahorcados
en las tintas de ayer...
Instantes que se fueron alumbrados
por unos ojos de mujer...

Algún amor ardiente
que olvidamos después,
y que resucita de repente
cuando alguien silba un vals vienés...

Insignificantes detalles
vuelven con languidez:
Trozos de viejas calles
que sólo vimos una vez...

Esas noches de retreta
y de optimismo palabrero
en el barrio de Recoleta
en las noches del mes de enero...

Las discusiones sobre gramática,
las teorías sobre religión,
y aquella muchacha tan simpática
que nos miraba desde su balcón...

Memorias ya borrosas,
luz de un ayer sentimental,
¿qué tienen estas cosas
que me hacen tanto mal!

Vagabundas melancolías
locas de emoción,
que traen tantas cosas mías
de no sé dónde hasta mi corazón...

Noches perdidas y lejanas...
confidencias alentadoras...
otras mujeres, otras mañanas,
otras músicas y otras horas...

Vida pasada
emoción de aquel ayer
que se fué sin decir nada
y que no ha de volver...

VI

Quilpué.—3.526 habitantes.
Comercio en desarrollo. Tierras exuberantes.
Se halla situado sobre la línea férrea. Cuenta
con ricos lavaderos de oro. Está a noventa

metros sobre el nivel del mar. Su población es vistosa—me dice la séptima edición de una geografía, ya deseneuadernada que aquí en mi biblioteca he hallado arrumbada.

Es mi pueblo. Sus calles largas y polvorientas no han visto pasar nunca las ráfagas violentas del vicio ni de la civilización. Plenas de beatitudes, téjen, allá en sus tardes buenas, sueños llenos de tedio y de polvo. De cuando en cuando, algunos trenes que pasan resonando, empujan el sencillo corazón campesino hacia la vagabunda tentación del camino....

El alcalde es un santo varón, todo ternura, que tiene sólo un odio inextinguible: el cura. Y el cura, catorce años se ha fustigado en balde por perdonar a su único enemigo: el alcalde.

Pero a pesar de estos pecados colosales Dios aún no ha mostrado sus iras celestiales a los 3,526 habitantes, según la geografía que vi momentos antes.

Igual sigue la vida. Iguales las mañanas. Unas pobres chiquillas ponen en sus ventanas como una ofrenda al novio—las flores octubreñas que se dan en el patio de la casa. Y risueñas se asoman y ven que por la calle dormida se va yendo—¡ay, Dios mío, sin vivirla!—la vida...

Claridad imposible de la tarde muriente, que llenas de nostalgia y de oro el ambiente del pueblo: dolorosa claridad de agonía, que ennobleces las cosas con tu melancolía; claridad soñadora de los pueblos dormidos, hermanita mayor de los sueños perdidos;

claridad de oro y alma, lejana claridad,
cómo te he recordado desde mi soledad;
qué dulcemente hubieras aleteado sobre
mi inquietud humilde y mi música pobre...

Si pudiera en las aguas de tu santa tristeza
refrescar mi cansancio y apoyar la cabeza,
esta loca cabeza incurable y ardiente,
claridad imposible de la tarde muriente.

VII

Yo siempre he conservado en los rincones
de mi vida revuelta y otoñal,
un poco de misterio
para poder soñar,
para esconderme a ratos de los hombres,
para huir del cansancio intelectual,
para sentirme un poco enfermo a veces
sin que sepa yo mismo qué será..

Desde esta madriguera de misterio
suelo sentir pasar
ráfagas de otros días
como con rumbo hacia la eternidad

Para él yo soy a veces
loco y sentimental,
y cuando por el barrio suena un piano
romántico y trivial,
yo recojo su tedio y su tristeza,
desde mi soledad,
y escribo páginas desordenadas
en donde voy dejando todo el mal
de este dulce y violento
tedio crepuscular...

No es nada más que un poco de misterio
para poder soñar.

VIII

Turbias filosofías,
malas melancolías,
y artificiales alegrías
de nuestra vida artificial.
Amando el bien, amando el mal,
lejos del ideal...

Nuestras amarguras,
y nuestras locuras,
y nuestro ideal,
son literaturas,
morbosas, impuras:
calor cerebral. .

Otoño en la frente,
otoño en la ardiente
y última pasión,
¿Dónde está el retoño
del amor chiquillo?
Otoño y otoño...
otoño amarillo,
ceniciento y pobre
bostezando sobre
nuestro corazón.

Nuestras amarguras
son literaturas!

No mamamos ni mieles, ni venenos,
ni emoción, ni belleza
en los pechos calientes y morenos
de la naturaleza;
ni miramos el cielo,
ni escuchamos el ritmo de la tierra
que encierra
las fórmulas que busca nuestro anhelo.

Nuestro pecado
está en haber pensado demasiado.
Nuestras amarguras
y nuestro ideal
son literaturas:
valor cerebral.

IX

Hosca, romántica y sincera,
mi pipa sueña, es compañera
de mi imposible y mi quimera.

Ama los ásperos momentos
en que echo a andar mis pensamientos
rudos, enormes y violentos.

Mi pipa sueña, y ama el ruido
que hace el silencio bien sentido
por el espíritu florido.

En su silencio me perfumeo,
y ella en silencio, mientras fumo,
dibuja rutas con el humo...

X

Paisaje azul de tarde, que evoca otros paisajes,
que llena el corazón de las melancolías
que sabe de nostalgias de adioses y de viajes
y de otras cosas más...

Paisaje azul de tarde, de luz muriente y loca,
que tiene una emoción bendita de mujer.
Paisaje azul de tarde romántica, que evoca
una tarde perdida en la bruma de ayer...

XI

Es de noche y estoy en mi pieza escribiendo.
De pronto suena la campana de incendio.
Es un tañido trágico que evoca no sé qué visiones,
¡Campana de incendio!

Pasa gente por la calle. Hay voces. Ruido.
Algo tristísimo se presiente a lo lejos.
Es media noche. Trabajaba y me ha interrumpido
la campana de incendio...

Estruendo de coches que pasan.
La noche está fría y oscura y profunda. Yo pienso
en no sé qué cosas extrañas y trágicas.
¡Campana de incendio!...

XII

El sol que cae en las veredas solitarias
tiene una poesía familiar. Es sereno
y generoso. Enciende mis horas visionarias
y me da su sonrisa tranquila de hombre bueno...

Yo lo recojo todo con la vista y las manos
y con el corazón. ¡Yo lo recojo entero!
Por eso es que los árboles me parecen hermanos
y me siento arder como arde el sol en enero.

XIII

Somos contradictorios.
En mis pobres trabajos lo siento.

Somos débiles y tristes,
vanos y pueriles.

Peró tenemos palabras
para ocultarnos
de nuestros propios ojos
asombrados.
Palabras que son vestidos
vanidosos y falsos...

Palabras y palabras,
—Hermano:
En este torbellino de palabras
nunca podremos encontrarnos...

Nunca tus ojos comprensivos
me dirán su verdad.

Cada uno de nosotros seguiremos
llevando a cuestas nuestra soledad.

Llegarás a estas páginas,
Oírás mi llamado,
pero te estrellarás con las palabras
y pensarás que no es verdad.

XIV

Tengo una ventana
que me muestra paisajes profundos.
Yo me asomo a ella
y veo caminos lejanos
y musicales crepúsculos.

Ventana mía,
te quiero más cada vez.
Tú me ofreces
tus humildes paraísos
con dulcísima seneillez.

Ventana,
mis ojos te buscan
siempre con más ansias.

Jamás ha de olvidarte
quien te encuentra una vez.
Eres para el espíritu
como una sed...

XV

Vivir para nosotros,
y al mismo tiempo para todos.

No violentar la vida
con ideas orgullosas.

Mirar jugar a los niños,
y mezclarse en sus juegos
con todo el corazón...

Mirar correr el agua
y entregarse todo en ella
con dulce humildad...

Mirar pasar las nubes
y saludarlas con el alma
transparente de sencillez.

Penetrar al jardín
y besar con la mirada
las rosas nuevas.

Y después mirarse el alma
y verla tan diáfana
como si dentro de nosotros
no hubiera nada...

XVI

Busea mi corazón
pan de tristeza y agua de verdad,
Tiene sed de emoción
y hambre de soledad.

Quiere apagar las fiebres dolorosas
de este siglo sensual,
enfermo de caricias olorosas
y de anemia moral.

Este siglo es mujer
fragante de pecado y de maldad.
Muere en la falda de un atardecer
con una sabia voluptuosidad.
Y el corazón quiere tener
pan de tristeza y agua de verdad.

XVII

Momentos míos, momentos
tan profundamente míos,
que sé que no ha de haber otro
hombre que pueda sentirlos.
Vaguedades, lejanías,
que resuenan angustiosas,
confusas, en mi interior
como en el fondo ignorado
de una caverna...
Nadie querrá comprenderlo
y yo no sabré decirlo...
Es media noche. En el barrio
se han apagado los ruidos
totalmente. Sólo un coche,
el último, como perdido,
en la noche y en la triste
lejanía, pasa... El grito
de un vendedor que se aleja
por la acera... Mis vecinos
se han recogido temprano.

Dejó de sonar el pobre
piano—¡nuestro único lírico!—
de las muchachas de al lado...
Todo ha quedado sumido

en silencio. Yo en mi pieza
he cogido un libro viejo
para leer, y no leo.

Hay pensamientos furtivos
que pasan entre las líneas...
Pienso, pienso... Delirios,
extraños, deformes, todos
estos pensares sombríos
de la noche y de mi cuarto
son más hondamente míos,
que esos firmes y robustos
pensamientos que concibo
en la calle, en la oficina,
o en el bar, y que los digo
totalmente, a pleno día...
Estos otros me los calte
y estos otros son los míos.

Silba un tren... ¡qué pelvareda
de sensaciones y tímidos
recuerdos no me levanta
este lejano silbido
del tren! Memorias humildes
despiertan; descoloridos
paisajes alzan sus ojos
nevados por el olvido...

El puerto, los barcos, todo
el movimiento marítimo,
un lejano carnaval,
un pasajero amorio
de verano... Todo, todo,
despertó confuso, lívido,
espectral, en una rueda
de pesadilla, al silbido
de un tren que pasó en la noche...

Vaguedades que los ruidos
de la noche nos sugieren
cosas confusas y pálidas
como arrancadas de un sueño
polvoroso... Los crujidos
de los muebles... La campana
que suena al amanecer,
y que nosotros oímos
entre sueño, y recordamos
con angustia y con placer,
aquella época loca
de trasnochadas y alegres
bohemias, cuando volvíamos
a casa al amanecer...
y oíamos estas mismas
campanas... Y entre dormidos
recordamos ese tiempo
y los recuerdos adquieren
misteriosas resonancias,
y honduras alucinantes
en el fondo del espíritu.
En las noches somos más
sentimentales y somos
más enfermizos. Las sombras
nos empujan más adentro
de nosotros mismos, donde
se abre la gruta inquietante
de nuestro propio misterio...

Es que los ruidos nocturnos
tienen trágicas y oscuras
resonancias en el alma.
Resonancias del misterio,
resonancias del abismo,
resonancias de la muerte,
del ensueño y la locura....
Resonancias, resonancias,
resonancias....

XVIII

En verso sabio y fuerte, como un glorioso bloque de piedra, que al alzarse confusamente, evoque visiones imposibles; en verso firme y duro que sea el almacén de un inmenso futuro de poesía eterna y única; en verso enorme y claro, que refleje la vida multiforme y bestial, he de hablar. Alegre, enternecida, amorosa y ardiente, me escuchará la vida.

Los astros de los cielos, con agua de armonía, me han bautizado a solas en las puertas del día.

A los pies del Señor conocí la humildad, y en mí la traigo toda para la humanidad.

A los pies del Señor he comprendido el bien ¡Es claro como el día! Te lo traigo también.

A los pies del Señor, sentí la poesía La poesía eterna! La de todos. La mía!

XIX

Arrebujado en orgullos supremos y torvos silencios, El vive su historia triunfal, y esconde en sus horas un soplo romántico, venenoso y brutal.

Extravagante y radiosa y solemne, su vida tiene ritmo como una canción.

Hay en El un enigma pavoroso y lívido:
¡Su corazón!

Rotoreciéndose el fuerte mostacho
suele cruzar la ciudad,
y las mujeres pálidas se vuelven
para ver al pasar
esa rubia melena
cayendo revuelta sobre esa cabeza gentil y otoñal...

Cuando alguna pareja arrogante
le dice: —Adiós, don Juan!
El se quita el chambergo
con un ademán prodigioso de príncipe altivo y genial.

El no entrega la flor de su espíritu
a la democrática popularidad.
Se lo prohíbe su fragante
filosofía individual.

Su voz es altanera
como la voz de un capitán,
cuando habla, no mira a los hombres, pues sólo
se dirige a la posteridad...

Es hermoso. Es terrible,
Es antiguo y moderno. Es don Juan.
Tiene la sangre plebeya
y el alma imperial!

XX

Tuvo un amor inmenso y lo dejó pasar...
Era elegante, irónico.
Cuando algún literato le solía contar
sutilezas reconditas de su vida, Gaspar
le recetaba un tónico.

Encontraba simpático a Voltaire,
y se burlaba de don Juan Tenorio.
Gaspar tenía una mujer
para el aseo de su dormitorio.

Más de algún literato lo juzgaba
—¡Es un farsante este Gaspar!
Y el sacaba un cigarro Mariland, y fumaba.
Tuvo un amor inmenso, y lo dejó pasar...

XXI

Me gustan los paisajes nebulosos y vagos del norte,
y esas historias sugestivas y nostálgicas de sol,
y esas estepas nevadas que duermen su angustia
eternamente; por donde pasó Leon Tolstoy
con su carga de locas filosofías
llenas de corazón...

Sueño con las mañanas cargadas de brumas espesas
que sugieren utopías del más exquisito sabor,
y que dejan en los ojos una vaguedad de olvido
y de oculto dolor...

Es la patria de los vagabundos del espíritu,
de los inválidos y los pordioseros de la ilusión,
de los que pasan por la vida tropezando con las estrellas,
solemnes y melancólicos plagiadores de Dios,
cogidos de las manos del ensueño
y a espaldas de la civilización.

¡Países de niebla! ¡Países de quimera! ¡Tierras de olvido!
Blancas por la nieve y por la ensoñación!
Os parecéis a un extraño país que llevo adentro.
¡Mí corazón!...

XXII

Porque soy fuerte, quiero ser duro y austero,
y marchar siempre solo, y ser siempre leal.
Soy un vástago noble de esta América ruda,
que está sobre los hombros de la inmortalidad.

Mi espíritu ha heredado de la España caduca
un gesto desdeñoso para mirar el sol,
y así como las ásperas llanuras de Castilla
es duro, y ha nacido para conquistador.

Quiero ser como el toque de una campana antigua
que sepa de nobleza, de altura y de pasión,
y que arroje su grito por sobre las montañas
y las almas que tienen hambre de corazón.

Quiero tener los labios limpios de pesimismo,
y las manos calientes de fuerza y de emoción
y los ojos desnudos de paisajes mundanos,
para mirar el cielo y para ver a Dios.

Porque soy fuerte, llevo sobre mis hombros este
terrible cargamento de orgullo y de ambición.
¿Qué me importa la ruta de los demás? Yo tengo
mi camino. ¡El camino de mí mismo soy yo!

Soy el tipo moderno, mecánico y filósofo
que construye castillos de acero en Nueva York,
que pronuncia palabras saturadas de pólvora
y es un enamorado de la contradicción.

XXIII

Veredita estrechueca
de la calle Santa Cruz
tú, que nos viste tanto,
qué cosas sabes tú...

Veredita estrechueca
de la calle Santa Cruz,
de poco vecindario,
casi siempre sin luz,
qué bonita te veo
y cómo tiemblo aún
al pensar en aquellas
cosas que sabes tú,
veredita estrechueca
de la calle Santa Cruz...

XXIV

Y Cyrano se ríe con risa fanfarrona...
Bien sabe él que el futuro le aplaude y le perdona
sus fanfarronerías. Aunque no le emociona
ni el aplauso ni nada. Sabe que la corona
de los burdos prestigios populares, no entona
con la alegría irónica de toda su persona.

Y Cyrano se ríe con risa fanfarrona...
Juan Tenorio de firmes y fragantes conquistas,
arrastra admiraciones de mujeres y artistas,
Y él pasa desdeñoso. En sus pupilas listas
se devanan violentos sueños imperialistas...

Que le aplauden? Y qué? El carneraje humano
jamás ha estremecido el airón de Cyrano.
Sopla sobre su frente un sueño sobrehumano,
y sin ver a la turba, él sólo alza la mano
saludando el prestigio de todo lo lejano...

Poema, cumbre, rosa, mujer apasionada
que en una callejuela le clavó una mirada,
que dió en el corazón como una puñalada
de pecado y locura... y se perdió, callada,
en la penumbra bruja de la calle apagada...

Estrella, risa, gloria, música dulce y vieja,
que por las tardes rompe la paz de la calleja
refiriendo una historia sentimental y añeja,
y como un amorío imposible, se aleja...
Amorío imposible... Música dulce y vieja...

Melancólicas cosas que estremecen la frente
de Cyrano, y que vibran sobre la misma frente
donde nacieron, pura, melancólicamente.
Mejor es que no sepa de sus sueños la gente.
Basta con el poema que se vive y se siente.

XXV

En esta ciudad de odios, de hierro y de tristezas,
voy nutriendo mi vida con mis propias bellezas.

Hostiles son los hombres, las cosas son hostiles
ante la pesadumbre de mis versos viriles.

Pero yo sigo solo. Es mi vida y mi abismo
esta heroica y sombría soledad de mí mismo.

Soledad que es castillo de ardientes aventuras,
guardada de pasiones, regazo de ternuras...

Mi alma hoy es un loco camino que me lleva
solemnemente, solo, hacia una vida nueva.

Siento en mi corazón un silencioso estruendo.
Es que mi juventud hoy está amaneciendo.

Y presiento la fórmula de la verdad que encierra
la armonía del cielo y el ritmo de la tierra.

Y me entrego a la vida—los brazos extendidos—
con la sensualidad de mis cinco sentidos.

Y me dejo llevar por la buena alegría,
por la santa tristeza y la melancolía.

Y soy como la vida, múltiple y multiforme:
niño, fuerte, sencillo, delicado y enorme.

Y no proyecto nada. Que los días futuros
me lleguen como obsequios temblorosos y puros.

Y no buscaré nunca otros espectadores
que aplaudan la elegancia de mis gestos mejores.

¡Aplausos? Yo me siento capaz del heroísmo
de ser poeta sólo para oírme yo mismo.

Yo soy joven y fuerte. No temo a la verdad,
y me basto a mi mismo y amo la soledad.

La soledad es cuna del alma, en donde arrullo
la santa humildad mía, que se muere de orgullo.

Amo la soledad, porque en ella me siento
grande con mi tristeza y con mi pensamiento.

Y ser como la vida que en mil vidas estalla,
y ser un día un héroe y otro día un canalla;

escribir buenos versos, tener grandes amores,
y encendidas virtudes y profundos rencores.

Yo quiero serlo todo. Cuando me haya marchado
no habrá tras mis espaldas un placer ignorado.

Mi alma contradictoria a veces se consuela
con dolores de faldas y angustias de novela.

Siento el goce de ser débil, como la ardiente
agonía sensual de una mujer potente.

Los placeres canallas son los grandes placeres
de los poetas sabios y las locas mujeres.

XXVI

No son versos brillantes,
no son versos bravíos,
no son versos vibrantes.
Son míos....

Tal vez sean oscuros,
tal vez sean sombríos,
tal vez sean impuros,
Son míos...

Tal vez no tienen nada
de aquella languidez
que sabe tu mirada....
tal vez...

Quién sabe si el acento
no es apacible y suave
como tu pensamiento.
Quién sabe....

El fondo es traicionero...
los versos son sombríos...
los sueños locos... pero
son míos....

XXVII

De mis versos rimados
sabe la gente,
pero de aquellos otros...
¡si algo supiese!

Cosas que yo no digo...
cosas que no hablo
y que las llevo adentro
siempre cantando!...

Los versos que yo digo
sólo son versos...
nadie sabe de aquellos
que llevo adentro...

XXVIII

Rayito de luna: esta noche cuando
duermas en los brazos de tu madre, y sueñes;
irá el apacible pensamiento mío
a verte un momento...

Y tú, mi florecita de nieve,
soñarás con él.
Los besos que en sueños recibas
serán de verdad.
Desde lejos mi espíritu
te los enviará.
Serán besos largos, los que te daré
así como cuando jugabas conmigo.
¿Te acuerdas, rayito de luna,
florecita de nieve?

Milagrito mío,
Esta noche cuando preguntes por mí
mi pensamiento te estará besando
y tú me sentirás vagamente
cerca de tí...

En tus juegos sencillos,
en tus breves rabieta,
en tus alegrías,
estaré contigo
tal como una sombra
muy tenue, muy frágil
y muy amorosa...

Cuando estés en la mesa,
la luz de la lámpara
arrojará una levisima sombra
junto a tu sillita,
y allí estaré yo
como todas las noches...

Cuando me llares muy bajito,
yo estaré contigo....
—No viene, no viene. Es tarde, y no viene...
¿Dónde se habrá ido?

Y tú, mi florecita de nieve,
quedarás inmóvil un rato
como siempre lo haces
para oír mejor...

No se sienten los pasos del viejo...
No se sienten... Es cierto.
Pero escucha más,
con muchísima atención.
Hay algo en el aire,
algo en el ambiente.
Es mi pensamiento,
que se acerca a tu lado en puntillas.

LOS MOMENTOS FRATERNALES

SALUDO

En el libro "Vaso de Arcilla" de
Carlos Acuña.

En tu "Vaso de Arcilla", descuidado y sincero
destila el agua clara del último aguacero,
y esconden sus latidos
y sus versos sentidos,
las tragedias agrestes,
los caminos perdidos,
y los ojos celestes...

¿Qué corazón oscuro de montaña
te dió sus emociones transparentes y rudas?
¿Bajo qué sauces dulces ensayaba tu caña
sus églogas desnudas?

Yo no lo sé, poeta; pero he de estar atento
mientras tu humilde caña vibre,
pues al son de tu cándida música, yo me siento
en pleno campo abierto y frente al cielo libre!

Vaso de Arcilla pura, en el que tú nos brindas
toda la buena vida de tu rústico alero:
¡Pocito donde beben las chiquillas más lindas!
¡Olor a tierra húmeda y alegría de estero!

Nuestras almas están secas y desgarradas
y nuestros labios, tristes, humildes y sedientos...
Alza tu copa llena de armonías sagradas
para que las recojan las alas de los vientos,
y después en las tardes sosegadas
lluevan los suaves pensamientos...

EL MEDALLON DE ORO

A la memoria de Hugo Donoso.

Las estrellas inmensas y estupefactas, vieron
alzarse la tragedia bajo la noche loca.
Inexorables signos del cielo se cumplieron
sobre tu pecho, sobre tu sien, sobre tu boca.

Bajo la noche y ante los horizontes mudos,
caíste, ebrio de vida y ensueño, en un recodo,
y así se derrumbaron tus amores desnudos
sobre la tierra santa que lo recibe todo.

Y las constelaciones aguardaron la hora
hasta que, en un oleaje de silencios y efluvios,
se abrió la eternidad, tan muda y tan sonora.
Juventud y tragedia, sangre y cabellos rubios...

Las manos de la suave Primavera, tomaron
ahuecándose, toda tu sangre de poeta,
para dar de beber a los que bien te amaron
en esta soledad de nuestra vida inquieta.

¿Qué dejaste a tu espalda? Los sueños no vividos,
los secretos no dichos y los rotos amores;
y entre el fuego de alegres besos interrumpidos,
las páginas no escritas que siempre son mejores...

Tu recuerdo será como un medallón de oro
a un tiempo melancólico y risueño y lejano;
en él vibrará siempre tu corazón sonoro
y en él tendrá tu efigie algo de un dios pagano.

VIDA DE ARTISTAS

Prólogo del libro "Campanas silenciosas" de Carlos Barrella.

Tu libro, Carlos, ya está perfumado
por la sonrisa de una gloria blanca,
una gloria de manos pequeñas,
que toca el piano, se fastidia y charla...

Esta tarde a la hora de la siesta
cuando todo en la casa
soñaba en paz, llevé a la galería
tus poesías, para
llenar las horas con versos de amigo.

Allí colgué la hamaca
y corrí las cortinas rodeándome
de una penumbra confidente y blanda...

Y comencé a leer; tu libro era
un apretón de manos, una cálida
música de otros años, un comienzo
de una hora de muchas memoranzas,

un meditar de hermanos, una cita
con algo familiar, una palabra
muy íntima, un asiento en el camino,
un paréntesis de alma...

—¿Qué lees?

—Oh, primita,

eras tú...

—Sí, ¿qué leías?

—Nada...

—Sí mentiroso, y ese libro... ¡versos!
Siempre leyendo versos...

Por su cara

vuela una sonrisita curiosona,
curiosidad de catorce años, blanca
curiosidad de aurora femenina...

—Dime cómo se llama.

—“Campanas silenciosas”.

—¿Y son tuyos?

—No, ambiciosa...

—Mil gracias.

—Son de Carlos Barella.

—¿Y lo conozco yo?

—Creo que sí, en la sala
tengo el retrato, es ese chiquillo
con chambergo y corbata
flotante, el mismo que el Domingo vino
a verme ¿no te acuerdas? Pues, ¡qué mala
memoria tienes...

—¿Y qué tal los versos?

Yo por respuesta le leí una estrofa
musical y bizarra,
esa que tú escribiste aquella tarde
de primavera, en casa.

—¡Qué bonita!

—¿Te gusta?

—¡Vaya! Es claro.

Léelo todo...

Y bajo sus pestañas
suplican las pupilas una estrofa.
Yo, tendido en la hamaca,
Ella sentada a un lado.
Yo leyendo tus páginas,
ella oyendo en silencio
con la cabeza baja.

Versos, músicas, risas, emociones,
brotan de tus sonatas,
suspirillos de amores
y amores de muchachas...
Días llenos de bruma,
nocturnos de vagancia,
almas llenas de pena,
penas llenas de alma...
Yo leo y leo... ella
escucha emocionada.
Las horas ruedan lentas
y la tarde se apaga...
Yo cierro el libro. Una
estrella brilla. Cada
minuto es un poema
de música y de alma.

—¿Y es muy amigo tuyo?—me pregunta.

—Bastante. Ella se calla
sólo un instante y vuelve a preguntarme
cómo eres, dónde vives, cómo pasas...
Yo le hablo de tí, que amas las tardes,
las músicas, las almas,
que habitas una vieja buhardilla,
que adoras la bohemia y la vagancia,
y que sueles soñar cuando estás solo...
Pónese ella de pie, trae la lámpara
para leer de nuevo
tus versos. Yo medito en la adorada

penumbra que tu libro está aromado
por el ensueño de una gloria blanca,
una gloria de manos pequeñitas
que toca el piano, se fastidia y charla...

En un libro de Alberto Mauret Caa-
maño.

Lector:

Si está despierta tu ternura,
si sigue amaneciendo tu emoción,
verás que en cada verso aún perdura
todo el rocío de su corazón.

En esta leve y vaga arquitectura
puso el poeta una constelación...
Viajero del crepúsculo y la altura,
suya es la estrella, el alba y la canción.

Como la primavera está vecina
el poeta descubre la cortina
y se asoma al paisaje que lo llama.

El corazón quiere volar del pecho,
pero siente que el cielo es tan estrecho
y que él no cabe en todo el panorama...

Para el libro "La Mirada Inmóvil"
que publicará próximamente nuestro
exquisito poeta Juan Guzmán
Cruchaga.

Juan Guzmán, que murmura su propio sentimiento
como lo haría una chiquilla de un convento,
o un colegial ingenuo que con aturdimiento
urdiese mil mentiras para formar un cuento;

Este muchacho, en fin, es un poeta atento
al ritmo propio. Sabe percibir el momento;
y tiene dos amigos su inquieto pensamiento:
Una loca, la tarde, y un vagabundo, el viento...

El poeta ha logrado realizar el intento
de coger el instante preciso, el movimiento
de la luz, el momento de azul aturdimiento...

el paisaje que tuvo un estremecimiento,
la palabra que ardió y se perdió en el viento,
la mujer que pasó y nos miró un momento...

"El Niño que enloqueció de amor",
novela de Eduardo Barrios.

Muchacho de ojos grandes y profundos,
que entre las brumas de tu amanecer,
con los primeros sueños vagabundos
ya sentiste pasar una mujer...

En esta tarde mansa y evangélica
el alma ya está loca de soñar...
Hay un recuerdo pálido de Angélica
y un deseo tan hondo de llorar...

Es una de esas tardes que tú viste.
Pronto el crepúsculo se abatirá.
Tú estás conmigo, dulcemente triste,
y Angélica parece que se va...

Tarde, campanas, pena y armonía,
ternura de una cosa que pasó,
silenciosa y fugaz melancolía
de lo que pudo hablarse y no se habló...

Mansa melancolía indefinible
que en el alma dormida despertó

la callada visión de la Imposible
que pasó a nuestro lado y no nos vió...

¿Alguien se fué?... De la ilusión difunta
despierta una inquietud, un no sé qué;
y aunque nadie responde a la pregunta,
bien sabe el corazón que alguien se fué...

Í N D I C E

	<u>Págs.</u>
LOS MOMENTOS ETERNOS	7
Egloga	9
Mi vida	12
Corazón	14
Sophía	16
El Sermón de la Montaña	18
El Tesoro	21
Ya se fué la abuelita	23
Plegaria	25
En el Santuario de la Montaña	27
María Agustina Rebeca	29
Apuntes líricos	31
Las Manos	38
Ella	40
Rayito de Luna	41
Cuatro Sonetos	44

INDICE

	Págs.
LOS MOMENTOS SERENOS	47
La Estrella	49
Las huellas del Maestro	51
La Frontera	53
Y alzó la copa bajo las estrellas	55
Nocturno	59
Firme y sereno será el ruego nuestro	62
Intima	63
Mi casa	64
Remember	65
Una mujer	66
Carta a las mujeres de provincia	68
Un pequeño recuerdo	73
Las Alas	76
 LOS MOMENTOS INTIMOS	 77
 LOS MOMENTOS LIBICOS	 99
Dei Gratia Vates	101
 ODAS GERMANAS:	
I.—¡Alemania!	109
II.—Contra el mundo	110
III.—Tannenberg	112
IV.—‘‘U. Deutschland’’	113
 LOS MOMENTOS VISIONARIOS	 115
I.—Presentimiento	117
II.—El Llamado	119
III.—La Primera Visión	121
IV.—La materia	124

INDICE

	Págs.
V.—Intermedio del Soñador	126
VI.—La Segunda Visión	127
VII.—La Experiencia	129
VIII.—El último sueño	131
IX.—El viaje	133
X.—El espejo	135
XI.—La Vida interior.	137
 LOS MOMENTOS FUGACES	 139
 LOS MOMENTOS FRATERNALES	 171
 Saludo	 173
El Medallón de oro	175
Vida de Artista	177
En un libro de Alberto Mauret Caamaño	181
Para el libro "La Mirada Inmóvil"	182
"El Niño que enloqueció de Amor"	183